

nos años. 2° Que como una consecuencia de esto, tenga presente que cuando en una batalla se hallan comprometidos tantos y tan grandes intereses como los indicados, los principios y la prudencia y aun el amor mismo a los inmensos bienes de que nos puede privar una desgracia, prescriben una extremada circunspección y un timo sumo en las operaciones para no librarlas a la suerte incierta de las armas sin una plena y absoluta seguridad de suceso". Y por su parte Sucre, obsecuente a la gran experiencia y capacidad militar del Libertador, deseaba que le dejara oír sus consejos.

Volviendo algo atrás, Bolívar, al separarse del ejército en octubre, iba imbuído en un error. Creía, como lo juzgaba también Sucre, que Canterac no activaría operaciones definitivas hasta los primeros meses de 1825, por cuanto no era de esperarse que las reanudara durante la estación lluviosa, que en ese año se presentaba con caracteres de bastante crudeza; a más que era natural suponer su deseo de reponer las tropas de la desmoralización sufrida con la derrota de Junín. Ambos tuvieron pronto que rectificar sus cálculos, aunque el error no trajo ningún mal resultado en la campaña debido a la prudencia con que se preparaban para cualquiera eventualidad: sólo que de haberlo pensado rectamente, Bolívar quizás habría tomado otras providencias.

Todavía el 8 de diciembre Bolívar creía que las fuerzas del virrey estaban en camino hacia la costa buscando el baluarte del Callao y la gran ventaja de la escuadra española estacionada en ese puerto. ¡Quién le hubiera revelado que al día siguiente iba a decidirse definitivamente la contienda de 15 años sostenida desde el Caribe hasta el Perú con el valor de ambos bandos y alimentada del lado patriota por su constancia inigualada!

Una vez ocupados los acantonamientos de los independientes, supo Sucre por los espías que el virrey, quien había tomado personalmente el mando de sus tropas, había vadeado el Apurímac. He aquí una campanada para que el jefe de los republicanos se pusiera en guardia para cumplir el anhelo patriota de pelear y dar por fin en tierra con el imperio español.

Pero ¿cuál era el intento de La Serna? ¿Vendría con el ánimo de buscar combate? ¿Vendría a hostigar y cansar al americano? O ¿era su intención primera cortar las comunicaciones del general cumánés con la costa, aislarlo del terrible Bolívar y sus inspiraciones geniales? No podía Sucre averiguarlo. La amplia curva que describe el enemigo hacia el noroeste da a entender que su intención es evitar por ahora un encuentro decisivo y opta por la última de estas alternativas.

Así lo interpreta el joven general. También lo cree Bolívar, y desde el 26 de noviembre le había dicho desde Chancay al General Santa Cruz: “Los españoles se vienen a la costa por la escuadra y por El Callao. En Arequipa no tenían una plaza como El Callao, y en el Cuzco estaban aislados sin plaza y sin escuadra. Tenían que perder el Sur o El Cuzco y en ambos casos perdían mucho...” Aun después de la gran batalla, antes de saber el éxito de Ayacucho, sostenía esta opinión, como puede verse en la carta del 14 de diciembre a O’Higgins.

Nada se perdió con esta apreciación, que después de todo, bien puede corresponder así a la mente del adversario quien a pesar de ella pudo ser obligado a modificarla por la consumada estrategia de su contendor.

Hay una tercera explicación de la marcha de La Serna. La dio Jerónimo Valdés más tarde, y es que el ejército buscaba campo adecuado para pelear ventajosamente con los republicanos.

Sea de todo ello lo que fuere, Sucre hizo uso de la autonomía que a medias le otorgó el Libertador, reunió sus batallones y emprendió hacia el noroeste marcha que vino a ser estrechamente paralela con la del virrey desde que éste ocupó el pueblo de Concepción a poca distancia de la orilla izquierda del río Pampas, paralelismo que fue perdiéndose después del infortunado estrecho paso de Collpahuaco para irse abriendo las dos filas rivales hasta los cerros de Ayacucho, envolviendo el realista al republicano por el costado izquierdo y parte posterior, mientras las columnas patriotas reposaban al pie de ellos. En efecto, al recibir Sucre información de Miller por la que venía en conocimiento del movimiento del enemigo, marchó, como se ha dicho, buscando su retaguardia.

Ya del 19 al 23 de noviembre se batían avanzadas de los dos contendientes, siempre con suerte favorable para los republicanos. Siguieron movimientos habilísimos e ingeniosos. A Sucre que andaba por la orilla derecha del río, le era indispensable cruzarlo para asegurarse en las provincias de Huamanga y Huanta las provisiones y forrajes que ya no podía conseguir en las provincias de Andahuaylas y Abancay que dejaba atrás, y restablecer al mismo tiempo sus comunicaciones con Bolívar. Jerónimo Valdés concibe un plan inteligente: atrapar al general y soldados en el valle de Pamacochas, lecho del río. Desprende una columna del ejército acampado en Concepción sobre la orilla izquierda del Pampas, describe una curva que lo lleva cerca de la retaguardia del general cumanés, y exclama jubiloso al llegar a Bombón: hemos terminado la campa-

ña del modo más feliz: el rebelde está atrapado entre dos fuegos. Mientras mi gente lo destroza por retaguardia el grueso de las fuerzas leales da cuenta de él por el frente en cuanto intente moverse.

Pero el caudillo español se equivocaba. No contaba con que al decir esto ya el contrincante hacía cinco horas que había atravesado el río. La ligereza, la flexibilidad del patriota frustró completamente los planes del realista, a quien no le quedó otro arbitrio que desandar el camino, reunirse de nuevo con el virrey y seguir a donde a ambos contrincantes estaba empujando la fortuna.

Era curiosa esta marcha ofensiva y defensiva al mismo tiempo. Varias veces Sucre ofreció combate que no aceptó el realista. Y así fueron los ejércitos hasta que llegaron a la Pampa de Matará. Sucre los provocaba, ellos se limitaban a ocupar puestos inaccesibles para impedir los designios del patriota, que eran continuar hacia Tambo Cangallo. El grueso del ejército real no había llegado aún y Sucre rompió la marcha el 3 de diciembre para atravesar la quebrada de Collpahuayco. No obstante, el enemigo había adelantado desde muy de mañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro escuadrones a ponerse en este paso impenetrable (palabras del parte de Ayacucho). Córdova con la vanguardia y La Mar con el centro pasaron sin novedad, mas los batallones Vargas, Vencedor y Rifles que cubrían la retaguardia al mando del general Lara fueron atacados de improviso por el enemigo que se presentó de súbito. Vargas y Vencedor pudieron abrirse paso a la derecha; pero Rifles "en una posición desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de artillería y el choque de todas las fuerzas; mas desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a ese cuerpo, pudo salvarse". En resumen, el encuentro fue muy desgraciado para los patriotas, que perdieron más de trescientos hombres entre muertos, heridos y dispersos, todo el parque de reserva que llevaba en custodia la retaguardia, los equipajes, las madrinas de las mulas y caballos y una de las dos solas piezas de artillería con que contaba el ejército.

No hay duda: eran dos contendientes dignos el uno del otro, sus maniobras eran igualmente hábiles. Los españoles no hacían caso de los retos con que los americanos los provocaban al combate y en cambio ocupaban los sitios más escarpados e inaccesibles. "Este sistema", dice Sucre, "era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies mientras que el de los nuestros se hallaba en el corazón".

Lo cierto es que las dificultades, las privaciones, el cansancio de uno y otro ejército, hacía desear a ambos una batalla final. En

tiendas del enemigo aparecieron pasquines de los subalternos que traducían su disgusto por el sistema de maniobras adoptado por los jefes, que sólo prolongaba la situación sin dirimir la contienda. Ya era imperativo hacerlo. Los realistas habían sido burlados completamente en su intento de envolver a Sucre, y comprendían que no les restaba otro expediente que pelear. Sucre, por su parte, deseoso del combate desde mucho tiempo, recibió un poderoso estímulo con la comunicación del Libertador: no espere usted refuerzos de Colombia; es necesario dar la batalla, cualesquiera sean las respectivas posiciones.

Cada uno por sus razones propias, y el realista además temiendo la llegada de estos refuerzos, estaba ya el 8 de diciembre penetrado de un mismo propósito. Y ese día los realistas cayeron en la cuenta de que les era difícil atacar a Sucre por el frente, o sea, el norte de la posición que ocupaba, una quebrada bastante profunda lo hacía muy difícil. Se corrieron pues hacia el sur y se establecieron en las alturas del cerro de Cundurcunca, por lo que el independiente cambió su frente al oriente y desplegó su gente en batalla al pie del cerro, en la llanura que se une con dicho cerro en suave ascenso.

Esa noche los dos campamentos estaban tan cercanos que las avanzadas conversaban entre sí. Pero el peligro de una sorpresa realista era manifiesto, por lo que Córdova mantuvo el alerta con un tiroteo intermitente. Sucre destacó algunos cazadores a mantener un vivo fuego sobre ellos.

Manuel Antonio López, ayudante del estado mayor general libertador, y por tanto testigo presencial, dice que el 9 de diciembre a las 9 del día el general Monet bajó a la línea, hizo llamar al general Córdova y tuvieron una corta entrevista. Muchos oficiales de los dos ejércitos, relacionados con vínculos de sangre y amistad, tuvieron el placer de verse y abrazarse, y no faltaron hermanos de distintas opiniones, que al mirarse después de mucho tiempo de separación, derramasen un torrente de lágrimas. Después de esta escena tan patética, que duró media hora, cada uno se retiró a su campo.

Estamos en pleno comienzo de la batalla, 9 de diciembre. El ejército real, compuesto de 9310 hombres con nueve piezas de artillería, se asienta en el cerro de Cundurcunca. ¡De aquí no pasarán! se había dicho el cumanés revisando el campo escogido para la gloriosa batalla ¡a la llanura no entrarán, porque dispondré de ellos a medida que vayan adelantándose para combatir!

Es un error muy grande el de Gonzalo Bulnes el asentar que Sucre no tuvo más misión que recibir el empuje de los españoles; al contrario, su plan era perfectamente meditado, a saber, acabar con el realista a medida que sus columnas quisieran entrar en la llanura.

Los 5780 combatientes patriotas, casi la mitad del efectivo realista, están preparados en la llanura sobre la cual desciende suavemente la colina. No entra en nuestro designio hacer una descripción detallada del campo de batalla ni puntualizar nimiamente los detalles de la acción por una u otra parte. Baste indicar que la famosa pampa de Ayacucho se halla limitada al norte por la quebrada que hemos mencionado, y al sur por otra imposible de flanquear aun por la infantería.

La distribución de las fuerzas patriotas era así: al norte, esto es, a la izquierda, hacia la quebrada, la división de vanguardia formada por la legión peruana y los batallones 1, 2 y 3 del Perú, al mando de La Mar; al centro, la caballería: Granaderos y Húsares de Colombia al mando de Miller; en la derecha, la vanguardia, o sea, la división de Córdova compuesta de los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas. La división de retaguardia al mando de Lara formó la reserva. Esta se componía de los batallones Vencedor, Vargas y Rifles, los Húsares de Junín y un pequeño escuadrón de 80 hombres constituídos por unos pocos chilenos y lo que restó de los Granaderos de los Andes después de la traición del Callao. El conjunto llevaba el nombre que San Martín había dado a su cuerpo favorito: Granaderos de los Andes.

Por su parte los bravos de España planearon que el General Jerónimo Valdés, haciendo un largo rodeo forzase la quebrada de la izquierda republicana y cayese sobre La Mar. Iba al frente de los batallones Centabria, Castro, Primero del Imperial Alejandro y de escuadrones de caballería con cuatro piezas de artillería. Juan Antonio Monet había de atacar por el frente, no antes de que Valdés hubiese roto los fuegos por la izquierda republicana. Alejandro González Villalobos estaba destinado a caer sobre la derecha republicana al oír los fuegos de Valdés. Sucre tendría así que mantener dos frentes: el de la izquierda, o sea, al norte, y el del cerro o sea, al oriente, con lo que el hábil enemigo, ayudado además por su enorme superioridad numérica, contaba agobiarlo y vencerlo.

El prudente general patriota, a quien no se ocultaba su debilidad material ni la posibilidad del plan realista, había hecho sus cálculos: impedir a todo trance la penetración en masa del enemigo en la llanura, y acabar con los cuerpos españoles a medida que

intentaran y antes de que pudieran desplegarse en batalla. De este modo multiplicó su fuerza y su capacidad combativa.

Sucre recorre sus filas recordando a cada cuerpo sus hazañas, y colocado finalmente en el centro les dirige a todos la famosa proclama: ¡Soldados! De los esfuerzos de este día depende la libertad de Sud América. Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia. Las vivas a Colombia, el Perú, a la América libre y al Libertador fueron el primer augurio de la victoria.

Tras largo rodeo la vanguardia española conducida por Valdés va llegando frente a la izquierda del ejército patriota. La impaciencia y valor de Rubín de Celiz, comandante del Primer batallón del Primer regimiento del Cuzco bajo las ordenes superiores de Villalobos, le impele a romper los fuegos contra la derecha de Sucre sin tener en cuenta la orden de no hacerlo antes de que Valdés hubiese comenzado su ataque por la izquierda patriota. Así se habría embrazado la defensa de nuestro flanco izquierdo. Es aquí donde se lanza con ímpetu de heroísmo la célebre voz de mando de Córdova: Sucre le ordena contrarrestar el impetuoso ataque. “ ¡Adelante; armas a discreción, paso de vencedores! ” manda el héroe de 25 años apeado de su caballo y mientras agita en alto su sombrero. Así se ejecutó. En un momento, pocos minutos, el suelo estaba alfombrado de cadáveres, entre los cuales el valiente Rubín de Celiz. Villalobos opera el escuadrón San Carlos: igual suerte le cupo bajo las lanzas colombianas que acompañaban a los batallones de Córdova. Aniquilado el primer empuje realista, Córdova acomete como un león y con sus cuatro batallones aniquila a Monet que atacaba por el frente. Este quedó herido y la mayor parte de sus unidades muerta, herida o prisionera.

Los llaneros colombianos componentes de los Granaderos y Húsares de Colombia recibieron con sus terribles lanzas a los Granaderos de la Unión y de la Guardia, conducidos por Ferraz y Bedoya que venían en socorro de Monet. Ya antes escarmentados por los disparos del Pichincha, tuvieron el mismo triste éxito que sus anteriores compañeros.

El flanco izquierdo de Sucre, o sea la división peruana, al mando de La Mar, resistió la feroz acometida de Valdés y estando a punto de doblegarse, Sucre echó mano de la reserva de Lara para sostenerlo y destacó el batallón Vencedor; y cuando vio la lucha decidida en el flanco derecho y centro, arrojó sobre aquéllos el Vargas, los Húsares de Junín y el escuadrón de Granaderos de los Andes, que les infligieron la final derrota: los soldados en su mayoría se rindieron. Valdés se sentó prominente en una peña

dispuesto a no sobrevivir al desastre, situación de que lo salvaron sus soldados, que lo adoraban por su austeridad, su valor y su trato afable.

La gran batalla estaba ganada con derroche de valor, heroísmo y talento de vencedores y vencidos. Ambos hicieron honor a sus banderas y la capitulación que Sucre les otorgó es un documento digno de su alma y digno broche de oro de la gran jornada que libertando el Perú aseguró la libertad de América española. "Aunque la posición del enemigo", dice Sucre, "podía reducirlo a una entrega discrecional creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla". Y agrega; "por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

"Se hallan por consecuencia en este momento en poder del ejército libertador los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales, Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 65 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, más de 2,000 prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían". . .

Ha de advertirse que en hecho de verdad, el Alto Perú no quedó dentro de los términos de la capitulación por cuanto los realistas advirtieron que no tenían modo de hacerse obedecer de Olañeta, señor absoluto. Tampoco aceptó el pacto el general Rodil, en cuyo poder estaba el Callao desde su entrega por las tropas argentinas. Se negó hasta a recibir al comisionado de Canterac para comunicarle la derrota de Ayacucho.

Bolívar mientras tanto, ignorante en Lima de los últimos movimientos de los ejércitos, pero confiado en el desempeño de la comisión encargada a Sucre, obraba, como si ya estuviese limpia de enemigos la América en su idea favorita de estructurar las nuevas naciones en un bloque impenetrable a las ambiciones imperialistas. Era una de sus concepciones favoritas expresada ya desde 1814 en la asamblea de Caracas del 2° de enero por medio del ministro Muñoz Tébar, reafirmada al año siguiente en la carta de Jamaica, agitada en 1821 con los nombramientos de Mosquera y Santa María como embajadores para recabar la aprobación de otros estados sudamericanos, Méjico y América Central. El congreso de Panamá

sería el instrumento eficaz para mantener esa unión estrecha, como que había de servir de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurrieran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias. Dirigió a tal fin el 7 de diciembre una circular a Méjico, Guatemala, Colombia, Chile y el Río de la Plata para invitarlos a la salvadora confederación que no logró formarse, pero que dejó la semilla de la Unión panamericana, la Liga de naciones, la Organización de los Estados Americanos, de todas las ideas fecundas de este jaez de que hoy se echa mano para hacer frente al desconcierto y convulsión en que vive el mundo.

Y llegó por fin a Lima en la tarde del 18 de diciembre la feliz noticia del triunfo. Nueve días enteros caminó la nueva por las trochas de los Andes para llegar a la Ciudad de los Reyes. En la tardanza tuvo parte el asesinato cometido por los indios de Huanta en la persona del teniente coronel Medina, primer emisario del vencedor. Un vago rumor del suceso se extendía por el ámbito de Lima desde días antes. Al recibir el Libertador el documento de su lugarteniente su estructura nerviosa perdió todo equilibrio: dicen las crónicas que se quitó la chaqueta militar que portaba, "la arrojó al suelo como para significar que se despojaba de toda insignia militar y de mando, y se echó a bailar por la picza, en un exceso de emotividad, de ímpetu que necesitaba pronto y violento desahogo, gritando ¡Victoria, victoria, victoria!" Hasta pasado un buen momento no llegó a serenarse y poder explicar a los circunstantes lo que decía el oficio que lo puso en tal estado. No era para menos. La victoria de Ayacucho había vuelto polvo la fuerza realista única capaz de mantener en esclavitud al Perú y de lograr una reacción en los demás pueblos libertados. También él quedaba en libertad de disponer de su vida, como tanto anhelaba. Su gloria había llegado al cenit. "La campaña del Perú está terminada", concluía el parte de Sucre; "su independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que los trofeos de la victoria de Ayacucho sean una ofrenda digna de la aceptación del Libertador de Colombia". Y en carta privada: "está concluída la guerra, mi general, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada. La orden de usted que por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediateces del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo, y teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado".

¿Qué premio reclamaba del Libertador el joven modesto que tan gallardamente había cumplido su comisión? ¡Sólo le pedía que le conservase su amistad! ¡Oh tiempos, oh costumbres!

Son dignas de conocerse las dos proclamas en que volcó públicamente Bolívar su reconocimiento al ejército:

“Soldados: habéis dado la libertad a la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido?”

“La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguido sobre todos.

“Soldados: Colombia os debe la gloria que nuevamente le daís; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; contemplad pues el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

“Soldados: recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis, antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas no . . . jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

“Soldados peruanos: vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

“Soldados colombianos: centenares de victorias largan vuestra vida hasta el término del mundo.

“Cuartel general en Lima a 25 de diciembre de 1824, 14”

Y a los peruanos se dirige también con palabras de recordación de su promesa y reminiscencia de los disgustos soportados ante las traiciones de que sus prohombres hicieron nido a la patria:

“Peruanos: el ejército libertador a las órdenes del intrépido y experto general Sucre ha terminado la guerra del Perú y aun del continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice, de completar en este año la libertad del Perú.

“Peruanos: es tiempo que os cumpla yo la palabra que os dí, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese vuestro destino. El congreso del Perú será pues, reunido

el 10 de febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al cuerpo legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

“Peruanos: el Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que quedaban ocupaban las provincias libres del norte y hacían la guerra al congreso: la marina no obedecía al gobierno; el expresidente Riva Agüero, usurpador, rebelde, y traidor a la vez, combatía a su patria y a sus aliados: los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de su tropa, y los de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus jefes, entregaron aquella plaza a los enemigos. El presidente Torre Tagle, llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú.

“La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía; todo estaba disuelto. En estas circunstancias el congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

“La Lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia, lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron al gobierno legítimo, y han prestado inmensos servicios a la patria; y las tropas que la defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú. Esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad. La plaza del Callao está sitiada, y debe rendirse por capitulación.

“Peruanos: la paz ha sucedido a la guerra; la unión a la discordia; el orden a la anarquía, y la dicha al infortunio. Pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho debéis todo.

“Peruanos: el día que se reúna vuestro congreso será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡No mandar más!

“Cuartel general libertador en Lima, a 25 de diciembre de 1824”.

Estas proclamas son una admirable síntesis de su trabajo y de su obra desde los días en que llegó al Perú.

Convocó el congreso para el 10 de febrero del año 1825; y mientras tanto quiso dar los últimos toques a su magnífica dictadura con medidas de beneficio evidente para el Perú. Decretó formación de la sociedad de los Amantes del País, con el fin de auspi-

ciar la prosperidad del estado en todos los ramos que constituyen su riqueza. Nombró una junta de abogados para redactar los códigos civil y criminal. Decretó el establecimiento de una escuela normal en la capital de cada departamento, y que los hijos de la gente pobre recibiesen la educación costeadá por el gobierno.

La victoria de Ayacucho fue con justicia recibida como iris de paz y anuncio de la prosperidad y abundancia perdida hacía años por consecuencia de la guerra. El país tenía recursos naturales suficientes, pero equivalían a nada a causa de la mutua incomunicación en que colocó la contienda las secciones de la sierra y la costa: nada podía traerse al litoral, nada podía exportarse, el comercio estaba paralizado. Todo este oscuro estado de cosas tenía que cambiar, el horizonte no podía mostrarse más risueño. Así es que el regocijo de Lima y del resto del país tenían los caracteres de regocijo nacional.

En Bogotá no dejaría de causar cierto sentimiento de humillación y derrota en Santander y demás políticos celosos de la gloria de Bolívar, que precisamente en los momentos en que se estaba decidiendo la suerte de la América bajo su conducción le hicieron el ultraje de despojarlo de las facultades extraordinarias como presidente del país y de separarlo de la jefatura de su querido ejército que lo adoraba. Pero al paso que el entusiasmo popular se mostró desbordante al congreso no le quedó más remedio que hacer de tripas corazón y honrar al Libertador, al ejército y al general Sucre. "A Simón Bolívar, libertador de Colombia y el Perú" era la leyenda de la rica medalla de oro y platino que le discernió. A Sucre, una espada de oro; a los oficiales y soldados colombianos, escudos de honor; y regocijos públicos en todas las provincias. Sucre por su parte había ofrecido a todas las unidades de su ejército medallas de honor: a los jefes y oficiales, de oro; y a los soldados de plata. Llevaban en el anverso esta leyenda: "Colombia a sus bravos en el Perú"; en el reverso el nombre del titular y "Vencedor en Ayacucho", honores que fueron aprobados por el congreso colombiano. Caracas mandó erigir una estatua ecuestre al Libertador.

Pero en ninguna parte el entusiasmo llegó al delirio que determinó las magníficas y extraordinarias celebraciones que tuvieron lugar en Buenos Aires, en donde los discursos, los vivas, las representaciones teatrales, cohetes, música, vítores a la patria, a Bolívar y Sucre y procesiones con el retrato del Libertador, duraron por espacio de un mes.

Como justificación del abandono del poder y retiro del ejército el Protector del Perú había dicho o escrito a sus amigos que

estaba cansado de oirse calumniar y difamar. Igualmente sensible fue Bolívar a los tiros de la diatriba y malevolencia; pero los modos de vengarse de ella fueron diametralmente opuestos en uno y otro héroe: dos temperamentos distintos. Bolívar tuvo la fortaleza de resistirlos mientras hubiese en América enemigos capaces de controvertir la transformación política de que era el alma, nervio y artífice. Lo había prometido en repetidas ocasiones. El momento llegó por fin, tuvo ahora la satisfacción de remitir el 22 de diciembre su renuncia de la presidencia al senado colombiano: “La paz del Perú que han obtenido nuestras armas por la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo ha terminado la guerra del continente americano. Así, Colombia no tiene más enemigos en su territorio ni en el de sus vecinos.

“He llenado mi misión; por consiguiente es tiempo ya de cumplir mi oferta tantas veces hecha a mi patria, de no continuar más en la carrera pública cuando no hubiera enemigos en América . . . Creo que mi gloria ha llegado a su colmo, viendo a mi patria libre, constituida y tranquila al separarme yo de sus gloriosas riberas . . . Lo diré de una vez señor, yo quiero que la Europa y la América se convenzan de mi horror por el poder supremo, bajo cualquier aspecto o nombre que se le dé. Mi conciencia sufre bajo el peso de las calumnias que me prodigan, ya los liberales de América, ya los serviles de Europa. Noche y día me atormenta la idea en que están mis enemigos, de que mis servicios a la libertad son dirigidos por la ambición” . . .

Esta renuncia fue el triunfo moral contra los intrigantes después del material de Ayacucho. El congreso colombiano, en acto, no quizás de yo pecador sino más bien de aturdimiento y confusión por ese triunfo del uno y derrotas aplastantes para ellos, la rechazó por unanimidad.

Por más habituados que estemos a las apoteosis rendidas al Libertador, debemos señalar como una de las más espléndidas, si no la mayor, la que le rindió el congreso peruano al Libertador de su patria. Podemos pasar por alto reseñas y descripciones para referirnos a los asuntos y transacciones de su primer día de labores.

Natural fue que una vez instalado, el congreso enviase una comisión a avisárselo al Libertador e invitarlo a su recinto. Y la presidía el presidente del cuerpo legislativo, doctor Carlos Pedemonte. “Vuestra Excelencia”, le dijo Pedemonte entre otros muchos conceptos, “puede honrar ya cuando guste las salas de nuestras secciones, seguro de que su presencia debe derramar en nuestros espíritus un placer inefable . . . Yo creo, señor, no faltar a la religiosi-

dad de nuestro encargo si me tomo la libertad de prevenir a V.E. que el congreso se estremece al considerar que puede vertir V.E. una expresión sola alusiva a la dimisión de esa autoridad suprema en que ahora un año libramos nuestra suerte”. Hacía en efecto un año justo que el congreso invistió a Bolívar de la dictadura. Y Bolívar contestó agradeciéndole los votos por su continuación en el mando y recomendando la dignidad de esta clase de asamblea y lo inalienable de las funciones de la soberanía, a no ser en las apuradas circunstancias que felizmente para el Perú ya eran pasadas. Repitió lo peligroso que era confiar a ningún hombre sujeto a tantas pasiones una autoridad monstruosa, que no estaría sin peligro aun en manos del mismo Apolo. Ultimamente pidió la consideración de la comisión para que le hiciese presente al congreso, sobre la incompatibilidad de la presidencia de dos estados tan diferentes y separados como Colombia y el Perú.

Ya en el recinto del congreso, el Libertador lee su mensaje en medio de vivas y aclamaciones jubilosas de la muchedumbre. Da cuenta de los actos de su dictadura durante el año transcurrido. “La mano bienhechora del ejército libertador ha curado las heridas que llevaba en su corazón la patria” Su administración no puede llamarse propiamente sino una campaña. “Como el ejército ha triunfado con tanta gloria para las armas peruanas, me creo obligado a suplicar al congreso que recompense debidamente el valor y la virtud de los defensores de la patria”. Da enseguida cuenta del establecimiento de los tribunales, poniendo a su frente al mérito, que ha buscado dondequiera. Las rentas nacionales han sido restablecidas sacándolas del desorden que aumentaba la miseria del estado. A pesar de su ardiente celo por el bien del Perú no puede asegurar al congreso que tuviera éxito en su empeño por la reforma de la crisis de la república, y que hubiese llegado al grado de mejora con que lo lisonjeaba su esperanza. Da cuenta luego de las relaciones con Colombia “aliada y confederada que no ha reservado nada para nosotros”; de la invitación hecha para el congreso de Panamá, “persuadido de la magnitud del bien que nos resultará de la reunión del congreso de representantes”; y después de reseñar las relaciones diplomáticas y consulares con Colombia, Estados Unidos y Gran Bretaña, de expresar sus esperanzas de que esta nación será la primera en reconocer la independencia y de que Francia y el resto de Europa seguirán, e incluso la misma España, el mismo camino, exclama!

“¡Legisladores! al restituir al congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al

pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo: de la guerra, con la victoria de Ayacucho, y del despotismo con mi resignación. Proscribid siempre, os ruego, tan tremenda autoridad; esta autoridad que fue el sepulcro de Roma! Fue laudable, sin duda, que el congreso para flanquear abismos horrorosos y arrostrar furiosas tempestades clavase sus leyes en las bayonetas del ejército libertador; pero ya que la nación ha obtenido la paz doméstica y la libertad política no debe permitir que manden sino las leyes.

“Señores: el congreso queda instalado.

“Mi destino de soldado auxiliar me llama a contribuir a la libertad del Alto Perú y a la redención del Callao, último baluarte del imperio español en la América meridional; después volaré a mi patria a dar cuenta a los representantes del pueblo colombiano de mi misión en el Perú, de vuestra libertad y de la gloria del ejército libertador”.

Los congresistas al oír la renuncia del Libertador, se sintieron como heridos por el rayo y le expresaron aterrados que todo, todo se oponía como el torrente más impetuoso a la dimisión del mando que emancipándolo del antiguo coloniaje los sostenía contra las ambiciosas aspiraciones de anarquistas y tiranos.

Entonces el Libertador en elocuente improvisación dijo:

“¡Legisladores! hoy es el día del Perú porque no tiene dictador.

“El congreso salvó la patria, cuando trasmitió al ejército libertador la sublime autoridad que le había confiado el pueblo, para que los sacase del caos y de la tiranía. El congreso llenó altamente su deber, dando leyes sabias en la constitución republicana, que mandó cumplir. El ejército, dimitiéndose de esa autoridad inajenable que el pueblo mismo apenas podía prestar, ha dado el ejemplo más extraordinario de desprendimiento y de patriotismo. Consagrándose a la salud de la patria y destruyéndose a sí mismo, el congreso constituyó al ejército en el augusto encargo de dar libertad al estado, de salvar sus flamantes leyes, y de lavar con la sangre de los tiranos las manchas que la nación había recibido de esos hombres nefandos a quienes se había confiado la autoridad de regirla.

“Me es imposible expresar la inmensidad de gloria que me ha dado el congreso encargándome de los destinos de la patria. Como representante yo del ejército libertador me atreví a recibir la for-

midable carga que apenas podríán sobrellevar todos mis compañeros de armas; pero la virtud y el valor de estos ínclitos guerreros, me animaron a aceptarlo. Ellos han cumplido la celeste misión que les confió el congreso: en Junín y Ayacucho han derramado la libertad por todo el ámbito del imperio que fue de Manco-Capac: han roto el yugo y las cadenas que le imponían los representantes del procónsul de la santa alianza en España. Ellos marchan al Alto Perú; pues sean cuales fueren las miras del que allí manda, al fin es un español. Yo volaré con ellos; y la plaza del Callao será tomada por los bravos del Perú y de Colombia.

“Después, señores, nada me queda que hacer en esta república; mi permanencia en ella es un fenómeno absurdo y monstruoso. Es el oprobio del Perú.

“Yo soy un extranjero: he venido a auxiliar como guerrero y no a mandar como político. Los legisladores de Colombia, mis propios compañeros de armas, me increparían un servicio que no debo consagrar sino a mi patria, pues unos y otros no han tenido otro designio que el de dar la independencia a este gran pueblo. Pero si yo aceptase su mando, el Perú vendría a ser una nación parásita ligada así a Colombia, cuya presidencia obtengo y en cuyo suelo nací. Yo no puedo, señores, admitir un poder que repugna a mi conciencia: tampoco los legisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha confiado sólo para representar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os cargarían de execración: vosotros no tenéis facultad de librar un derecho de que no estáis investidos. No siendo la soberanía del pueblo enajenable, apenas puede ser representada por aquéllos que son los órganos de su voluntad; mas un forastero, señores, no puede ser el órgano de la representación nacional. Es un intruso en esta naciente república.

“Yo no abandonaré, sin embargo, el Perú: le serviré con mi espada y con mi corazón mientras un solo enemigo huelle su suelo. Luego, ligando por la mano las repúblicas del Perú y de Colombia, daremos el ejemplo de la grande confederación que debe fijar los destinos futuros de este nuevo universo”.

Los términos con que Bolívar sostenía siempre sus repetidas dimisiones del mando, así como esta su renuncia de la dictadura del Perú y las de la presidencia de Colombia, y el transparente tenor de las cartas con que las forzaba ante Santander y otros, son de tan evidente impregnación de sinceridad en los sentimientos y rectitud en el razonamiento, que únicamente espíritus guiados por la mala fe, y ponemos como ejemplo de los más recientes al libelista Salvador de Madariaga, pueden estampar la especie de que sólo

eran urdimbre teatral. No pensaban lo mismo los diputaos y los espectadores de la escena de Lima: como lo demostraron con sus súplicas, y aclamaciones en la sala y cuando Bolívar se retiró a su casa: por las calles de su tránsito la gente a voces le suplicaba que no los abandonase. “Los arranques del favor popular, aunque de corta duración”, dice O’Leary, “son por lo común sinceros”.

Merecen también transcribirse los siguientes párrafos del mismo memorialista a quien seguimos en la narración de estos sucesos.

“Suscítase de seguida una acalorada discusión en el congreso y se acordó por unanimidad que eran indispensables la presencia de Bolívar para organizar el gobierno y su continuación en el ejercicio de la dictadura. Resolución ésta que el pueblo acogió con general aplauso. Nombróse una comisión para comunicársela al Libertador y rogarle que acatase el querer del pueblo. ‘Una gracia’, decían los representantes, ique ha marcado de un modo tan singular las bondades de Bolívar para con el pueblo peruano, merece una expresión extraordinaria. Marche, sin ejemplo, una comisión numerosa llevando a su frente al presidente mismo del congreso, y presente al ilustre restaurador de la república, los votos de nuestra gratitud; y encárguese otra de organizar un decreto en que se consignent para eterna memoria, la generosidad de Bolívar en renunciar, por complacerlos, a la delicadeza de su pundonor, y la del congreso mismo en despojarse por el bien de los pueblos de sus atribuciones soberanas! En vano volvió a exponer la anomalía de confiar a un extranjero el mando absoluto de la nación, especialmente cuando este extranjero era el primer magistrado de una república vecina; mas estas consideraciones manifestadas con la fuerza de la elocuencia, fueron inútiles; el temor de la anarquía fue superior a todas las razones. El siguiente decreto votado unánimemente se puso en manos del Libertador por otra diputación numerosa del congreso con su presidente a la cabeza.

“El congreso constituyente del Perú, considerando:

“I.—Que la república queda expuesta a grandes peligros por la resignación que acaba de hacer el Libertador presidente de Colombia, Simón Bolívar, del poder dictatorial, que por decreto de 10 de febrero anterior se le encargó para salvarla:

“II.—Que sólo este poder depositado en el Libertador puede dar consistencia a la república:

“III.—Que el Libertador lo ha ejercido conforme a las leyes, en contraposición de las facultades que le ha franqueado la dictadura, dando un singular ejemplo en los anales del mando absoluto:

“IV.—Que el Libertador se ha resistido a continuar en el ejercicio de este mismo poder, a pesar de habersele conferido por el congreso, tanto por la razón que expresa el fundamento III como por la extraordinaria confianza que del Libertador tiene la nación:

“V.—Que nunca ha sido observada la ley fundamental, sino bajo la administración del Libertador, a pesar de que ha estado en sus facultades suspender el cumplimiento de sus artículos:

“VI.—Que el Libertador ha dado los testimonios más ilustres de su profundo amor por la libertad, orden y prosperidad de la república, y de su absoluta resistencia al mando:

“Ha venido en decretar y decreta:

“1.—El Libertador queda, bajo este título encargado del supremo mando político y militar de la república, hasta la reunión del congreso que prescribe el artículo 191 de la constitución.

“2.—Este congreso se reunirá en el año 1826 dentro del período que señala la constitución, en conformidad con el artículo 53 de la misma.

“3.—No podrá reunirse antes, atendida la moderación del Libertador en procurar siempre la convocatoria de los representantes del pueblo; pero sí, podrá diferirla, por esta misma razón, si lo exigieren la libertad interior y exterior de la república.

“4.—El Libertador podrá suspender los artículos constitucionales, leyes y decretos que estén en oposición con la exigencia del bien público en las presentes circunstancias, y en las que pudieran sobrevenir; como también decretar en uso de la autoridad que ejerce, todo lo concerniente a la organización de la república.

“5.—El Libertador puede delegar sus facultades en una o más personas del modo que lo tuviere por conveniente para el régimen de la república, reservándose las que considere necesarias.

“6.—Puede igualmente nombrar quien lo sustituya en algún caso inesperado”.

Ya no quedaba al Libertador otro expediente que someterse.

Capítulo XVIII

1824-1825

CAMINO DE LA APOTEOSIS

R E S U M E N

Felicitación de Canterac a Bolívar — Se embarcan los realistas — Disolución de la escuadra de Guruceta — Rodil se encierra en el Callao sitiado por Bolívar — El millón del Perú — Bolívar rechaza la dádiva — Lo ofrece entonces el Perú para obras de beneficencia en Colombia — Homenajes del congreso colombiano — Destina Bolívar 200,000 pesos para crear escuelas normales con Lancaster — Los agentes del Perú protestan los giros — Biografía de Sucre por Bolívar — Asesinato de Monteagudo — El odio que se le profesaba — La opinión de Bolívar — Su encuentro con Bolívar en Cuenca — Bolívar emprende personalmente la investigación del crimen — Candelario Espinosa y sus cómplices — La gratitud de Bolívar: ascenso de Sucre y de los participantes en la victoria de Ayacucho — General Sucre: “Siga usted la fortuna que lo persigue . . .” — Felicitación a don Vicente Sucre — Palabras a Santander, de satisfacción por la gloria de Sucre: “Si yo fuera envidioso . . .” — Sucre es el libertador del imperio de los incas — Satisfacciones a Sucre por palabras que lo mortificaron — Interpretaciones erróneas de las reiteradas renunciaciones de Bolívar — Su exaltación al saber la llegada de don Simón Rodríguez — Las relaciones de Bolívar y Manuela Saénz de Thorne — Bolívar se dirige a Arequipa — El discurso de Choquehuanca — Los versos cantados en las misas — Espléndida recepción y tareas constructivas en el Cuzco.

ANTES DE LA REUNION del congreso peruano ya los residuos de las tropas reales habían embarcado en las naves de la escuadra de Guruceta. Rodil, gobernador militar del Callao, tras de intentar comunicarse con Olañeta en el alto Perú para que obrasen de acuerdo contra los patriotas, se encerró en la plaza, que estaba bien provista de elementos y víveres para un año. Contaba con que en ese término habría obtenido de la Península auxilios suficientes

con que iniciar una vigorosa reacción. El Libertador a su turno había establecido un estrecho sitio del puerto, bajo la dirección del general Salom. Por mar vigilaba la escuadra chilena del vicealmirante Blanco Encalada.

Por su parte el congreso siguió mostrándose agradecido y justo con Bolívar y el ejército unido. Padre y salvador del Perú, una medalla con leyenda "A su Libertador Simón Bolívar", una estatua ecuestre, su retrato en todas las municipalidades de la república, un millón de pesos de recompensa y otro millón para distribuirlo entre los jefes, oficiales y tropa. Bolívar aceptó este millón, pero rechazó sin vacilar el que se dedicaba a él. ¿Acaso no era suficiente recompensa la gloria de haber dado libertad al Perú? La gloria si, mas "¿por qué quiere confundirlo, humillarlo el congreso con una dádiva que no debe aceptar?" La gloria le bastaba como recompensa: "Jamás he querido aceptar de mi patria ninguna recompensa de este género. Así, sería una inconsecuencia monstruosa si yo recibiese de las manos del Perú lo mismo que yo había rehusado a mi patria. Me basta, excelentísimo señor, el honor de haber merecido al Perú su estimación y su reconocimiento. La medalla que ha mandado grabar con mi busto es tan superior a mis servicios que ella colma la medida de mis más ilimitados deseos".

Y el congreso insiste e insiste Bolívar en su terquedad sublime, hasta que el primero encontró el modo de terminar la noble controversia. Le pide que destine ese millón a obras de beneficencia del "dichoso pueblo que le vio nacer y además de la república de Colombia que tuviere V.E. por conveniente, y espera que no extienda la negativa de V.E. a rehusarle la complacencia de que sea el instrumento de la distribución de una suma siempre improporcionada para cualquier objeto que diga relación a V.E.; pero que está firme el congreso en que tenga precisamente esa aplicación, consolándose con que si sus cortos dones no han podido ser aceptados por la mano pura del gran Bolívar hayan siquiera de emplearse en provecho de una parte de la humanidad que toca a V.E. tan de cerca, y a quien tanto por esta razón como por los ingentes auxilios que ha merecido a sus hijos en la tremenda lucha que ha premiado la victoria mira el Perú con un reconocimiento y predilección tan especial".

En esta forma quedó zanjada la cuestión. "El congreso ha querido terminar su hermosa contienda conmigo", dice Bolívar, "distribuyendo la gracia que se me hacía entre los que han contribuido a la obra magnífica del Perú; y para ser siempre pródigo no olvida al pueblo que me vio nacer. Este rasgo de magnificencia ha

colmado mi corazón de gozo y gratitud; y yo no dudo que mis hermanos de Caracas lo verán con la más grata complacencia. Yo, a su nombre, ofrezco al soberano congreso las expresiones más sinceras de su anticipado reconocimiento.

Diremos de paso que de este millón destinó Bolívar 200,000 pesos para que viniese a Venezuela el célebre educador Lancaster a establecer escuelas normales; pero las letras fueron protestadas en Londres por los agentes del Perú y el Libertador pagó la suma de su peculio. No obstante, hemos de confesar que el congreso del Perú fue sincero y el reconocimiento al Libertador no se limitó a lo reseñado, sino que fue munífico con el general Sucre a quien otorgó la recompensa de 200,000 pesos y adornó con el título de gran Mariscal de Ayacucho a insinuación del Libertador. Hizo más aún: envió a Bogotá una comisión para agradecer al congreso el permiso que hizo posible el traslado del Libertador al Perú.

Colombia, desarmados momentáneamente sus envidiosos y destructores, no fue menos elocuente en sus homenajes y honores a Bolívar y el ejército de cuyo mando le había despojado por bajas y mal disimuladas pasiones, quitándole la facultad de conceder ascensos, que ahora le restituía. También le mandó pagar sus sueldos atrasados, que nunca reclamó, montantes a 150,000 pesos. (O'Leary).

Por su parte el Libertador, no satisfecho con su propia gloria y empujado por la justicia, la gratitud y el cariño, en unas notas escritas al correr de la pluma, según se lo permitían los graves cuidados que tenía entre manos, trazó un elogio merecido de su predilecto general Sucre, su brazo derecho, "El más digno de los generales de Colombia", como había de decir después.

En ejercicio de la dictadura cuya renuncia no aceptó el congreso debía recorrer el país libertado y pidió y obtuvo permiso para dejar la capital y emprender la correría hasta el Cuzco y Potosí.

Antes de la reunión del congreso ocurrió un incidente que no han dejado de señalar como punto inicial de la repulsa peruana contra el Libertador. Nosotros, no obstante, estamos lejos de la opinión de que la usurpación de funciones de que luego se hablará, fue el origen de ese odio. Basta considerar que ya al mismo tiempo que se le invitaba a trasladarse al Perú para ordenar y libertar a la patria, era objeto de insultos, diatribas y conspiraciones contra él y su ejército. Esa inconsecuencia e ingratitud estaban diluídas en la sangre misma de los magnates.

Una noticia trágica, aunque agradable a los peruanos y no menos a los chilenos, argentinos y colombianos, volaba en los ámbitos de Lima y rápidamente se extendió en todo el país: ¡Asesinaron a Bernardo de Monteagudo! ¡Bien hecho! exclamaban unos. ¡Buen muerto! decían otros, ¡Gracias a Dios! repetían con júbilo los demás. No se oyó en la generalidad del pueblo o la gran mayoría de la gente de pro la expresión de un ¡qué lástima!

Don Bernardo de Monteagudo, fiel servidor que fue del Protector San Martín, era universalmente odiado; y esto se reflejó en el Perú contra el general San Martín, constituyendo unas de las causas principales de su desprestigio. Cuando el Protector andaba por Guayaquil en la célebre conferencia, como se ha visto, las corporaciones civiles, militares y especialmente el pueblo de Lima en general, efectuaron una revolución que juzgó no sin razón ir dirigida contra él en la persona de su favorito ministro Monteagudo, lo que acabó de amargarle la vida, le desanimó del mando y acabó por determinarle su abandono del ejército y alejamiento del campo de lucha y de gloria. Según el mismo Bolívar, Monteagudo tenía mucho carácter, era muy firme, constante y fiel a sus compromisos; pero estaba aborrecido en el Perú por haber pretendido una monarquía constitucional, por su adhesión a San Martín, por sus reformas precipitadas y por un tono altanero cuando mandaba; no obstante, él “puede ser un hombre infinitamente útil porque sabe, tiene una actividad sin límites en el gabinete y tiene además un tono europeo y unos modales muy propios para una corte”. Del coro jubiloso por su muerte disentían sólo el Libertador, Heres, O'Connor, y unos cuantos hombres notables. Cuando la revolución en Lima de que hemos hablado, fue depuesto y desterrado para siempre del Perú; pero estando el Libertador en Cuenca vio un día llegar a él al siniestro personaje, que se ganó su estimación y admiración, y desde entonces formó parte de su séquito. Entre las alianzas que logró hábilmente contraer al lado de Bolívar, “una era particularmente valiosa”, dice Encina, “y debía despertar grandes recelos en sus enemigos, en el Perú tan numerosos como las arenas del mar: la de Manuelita Sáenz, la querida de Bolívar. La libertadora encontró en Monteagudo más que un hermano, un gemelo de ideas y de gustos; más que un amigo, un camarada amable y complaciente y políticamente un caballo de repuesto fuerte y dócil, en la áspera jornada hacia el ensueño de gloria que se señoreaba en el alma de Bolívar”.

Siniestro hemos llamado al personaje, y es la precisa palabra; no sólo lo fue para San Martín sino también para Bolívar, si hemos

de dar crédito a la opinión de Tomás de Heres, según la relación de O'Leary, por la iniciativa de aquél en torno a su asesinato.

Aunque en ejercicio todavía de la dictadura, antes de la reunión del ya convocado congreso, Bolívar había restituido el poder judicial. Era legítimo que a éste correspondía la averiguación del crimen desde sus comienzos, y la identificación del criminal. Pero el mandatario, pues sabía hasta dónde podía llegar el odio inveterado contra el infeliz personaje, no confiaba en la imparcialidad necesaria de los jueces para incoar el proceso, y usurpando las funciones de los jueces, tomó personal y dictatorialmente a su cargo las diligencias que en un régimen legal no habrían correspondido sino a la policía y al poder judicial: todo fue en honor de la justicia; pero no puede negarse que los jueces tuvieron razón de sentirse ofendidos, aunque no lo manifestaran.

¡Monteagudo asesinado! Los transeúntes que lo encontraron tendido en la calle lo llevaron al templo de San Juan de Dios. ¡Miren, tiene aún clavado el puñal en el corazón! ¡El asesino lo dejó alojado en el pecho y salió huyendo! Pero . . . ¡buen muerto!

¡Que vengan a La Magdalena todos los barberos a identificar el puñal, porque está recién afilado y alguno de ellos tuvo que afilarlo! Sí, señor, informó uno de ellos, Jenaro Rivero, yo lo afilé, me lo llevó un cargador, un muchachón, negro, como de 20 años, de aspecto de aguatero que me pagó un real por el trabajo; no sé cómo se llama, pero si lo veo lo reconozco al instante. Y el muchacho fue reconocido. Se llamaba Candelario Espinoza.

Y según el general Tomás Cipriano de Mosquera ocurrió la siguiente escena que tiene todos los visos de fábula. Bolívar llamó a Espinoza a una sala alumbrada téticamente por una bujía: "El alma de Monteagudo te está mirando desde el fondo de este salón y te acusa de ser su asesino", dizque Bolívar le dijo. "Descubre todo y te perdono". Dobló las rodillas el negro y dijo estas tremendas palabras: "el señor Sánchez Carrión me dio 50 doblones de a tres pesos en oro para que matara a Monteagudo, porque era enemigo de los negros y de los peruanos". No podía ser más aterradora la acusación de Espinoza. ¡Acusado nada menos que el ministro universal de Bolívar! La especie ha sido muy debatida, pero en medio de la oscuridad que rodeaba el asesinato es la que más asideros ha tenido.

El Libertador, después de las diligencias preliminares, entregó el expediente a los tribunales de justicia, quienes condenaron a muerte a Espinoza; pero Bolívar se la conmutó como se lo había prometido cuando le exigió denunciar sus cómplices.

Se ha visto que el Libertador pidió y obtuvo del congreso permiso para recorrer las provincias que necesitaban de urgente reorganización, y para ir hasta el Alto Perú, donde estaba Sucre con el ejército unido atendiendo al sometimiento de Olañeta, cuya conducta doble no dejaba comprender si realmente ayudaba a los independientes o seguía con sus sentimientos adictos a la corona de España. Veremos después que los patriotas se encontraron obligados a proceder contra él y sus parciales.

Antes de seguir adelante cumple aquí destacar los sentimientos altruistas y generosos de Bolívar, su moderación ante la gloria alcanzada en Ayacucho y su justicia para con el inmediato héroe de la victoria.

Ante todo la gratitud hacia él quedó estereotipada en la biografía que escribió. Cuando el congreso estaba ya reunido le sugirió el ascenso del general al grado de gran Mariscal con el honroso sobrenombre de Ayacucho. No contento con haberlo recomendado a Santander para que lo promoviese al grado inmediato le agregó: “y si ustedes no quieren una guerra civil bueno será que aprueben los ascensos que ha dado el general Sucre. A más, debe ascenderse a los coroneles que recomienda. Yo así lo haré como jefe del Perú, incluso a Sandes, cuyo cuerpo no entró en batalla por haber sido despedazado días antes por todo el ejército español”.

Sucre, sobre todo era objeto de su gratitud, y ante la proverbial modestia que parece una rémora de su propia gloria, le dice estas palabras elocuentes: *“Mostremos a la Europa que hay hombres en América capaces de competir en gloria con los héroes del mundo antiguo, mi querido general; llene usted su destino, ceda usted a la fortuna que le persigue, no se parezca usted a San Martín y a Iturbide que han desechado la gloria que los buscaba. Usted es capaz de todo y no debe vacilar un momento en dejarse arrastrar por la fortuna que le llama. Usted es joven, activo, valiente, capaz de todo. ¿Qué más quiere usted? Una vida pasiva e inactiva es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida, es anticipar la nada antes que llegue. Yo no soy ambicioso, pero veo que usted debe serlo un poco para alcanzarme o superarme. Acuérdesse usted que tiene un padre vivo, que se alegrará siempre de la gloria de su hijo”*.

Estas tiernas palabras son del 20 de enero de 1825. Ya el 23 de diciembre anterior había significado a don Vicente Sucre, padre del gran mariscal, su glorioso aleluya: *“Regocíjese usted, mi querido amigo, porque la victoria ha coronado las fatigas y esfuerzos del más bravo general, de mi más querido amigo, el digno hijo de*

usted. Yo le felicito pues, con todo mi corazón por la inmensa parte que le cabe al padre del vencedor de Ayacucho. Este nombre glorioso, y el bien que ha hecho el general Sucre a la América será la más bella herencia que podrá dejar a la posteridad y que le hará tan inmortal como el tiempo.

“Por el adjunto impreso verá usted los detalles de la batalla.

“Tenga usted la bondad de presentar mis más sinceras felicitaciones a toda su amable familia y cuanto llevare el nombre de usted”.

Y el 25 de febrero, en larga carta a Santander: *“El congreso del Perú se ha mostrado muy generoso: al general Sucre le ha dado el nombre de Ayacucho y nos ha colmado de honores a todos; ha señalado dos millones de pesos para el ejército y para mí. Se señalarán algunas fincas para los generales y jefes. A Heres lo han hecho general de Brigada y al vicario de nuestro ejército, canónigo. Yo suplico a usted que si le es posible, apruebe todas estas gracias menos la mía, porque no la quiero. Sobre todo, es tan bonita, la que le ha hecho a Sucre, que sería lástima que ustedes no la quisieran aprobar; ha sido pensamiento mío inspirado al congreso. Mi agradecimiento a Sucre no tiene términos: primero por justicia, y segundo, por generosidad, pues que él me ha quitado en Ayacucho el más hermoso ramo de mis laureles: él es el libertador del Imperio de los incas desde el Juanambú hasta Charcas, de suerte que él es absolutamente mi competidor en gloria militar, de lo que no estoy nada sentido, para merecer lo que me queda, pues si me nuestro envidioso no mereceré ni una hoja de laurel. Lo mismo digo respecto a usted. Nadie lo quiere, nadie lo aplaude más que yo, por sentimiento y por raciocinio, porque yo creo que la más hermosa corona es la que da la justicia. Miserable de mí si yo tuviera otras ideas. Si yo fuese envidioso, apenas podría merecer el nombre de hombre: porque sólo las mujeres pertenecen a esta pequeña y mezquina pasión. Por desgracia este sentimiento suelen sufrirlo algunas personas notables con gran desdoro de sus cualidades que los hacen apreciables por otra parte. Yo tengo el orgullo a creerme superior a tan infame debilidad”.*

Finalmente, el 26 de abril, tras de replicar al mismo gran Mariscal la razón de ciertas expresiones atinentes a la disciplina y al derecho que mortificaron su exquisita sensibilidad le dijo: *“Usted me perdonará todas estas mortificaciones nuevas que le doy ahora; más usted debe persuadirse que más sufro yo en darlas que en ahorrárlas; y que si yo sufro esta pena es porque usted la padece, a*

la vez que con la mira laudable de desengañar a usted de que tiene razón, porque un mal que no se conoce no se puede jamás curar. Si usted pierde la ocasión de conocerse a sí mismo ahora que la fortuna no ha envenenado su ánimo todavía con sus embriagueces halagüeñas, no aprovechará usted nunca la caudalosa fuente de talentos y virtudes que ha colocado en usted la naturaleza. Usted está llamado a los más altos destinos, y yo preveo que usted es el rival de mi gloria habiéndome ya quitado dos magníficas campañas, excediéndome en amabilidad y en actividad, como en celo por la causa común. Cuando el espíritu de usted esté cultivado por la experiencia y la teórica, no dudo que sobresaldrá usted con mucho a cuanto conocemos de más ilustre entre nuestros americanos. Por todas estas consideraciones debe usted apreciar el mérito de mi sinceridad con respecto a usted, puesto que ando buscando la perfección de aquellas nubes que deben oscurecer el poco resplandor de mi gloria”.

Estas pocas citas ponen de relieve el error de los que se han dado al empeño de tildar al héroe con el bajo tizne de envidioso. Campea también en ellas el sentimiento de su propio valer, de donde quizás pretenden señalarlo con la nota de soberbio, como si en fingir desconocimiento y negación del propio valer consistiese la humildad, como si esta virtud fuese lo mismo que el vicio de la humildad de garabato.

Y en cuanto a sus intentos reiterados de separarse definitivamente del mando, de que escritores interesados han querido hacer el cargo de simulación tales como el querer rehusar el mando y las reelecciones a la presidencia de Colombia y la primera y segunda dictadura del Perú, no es necesario insistir mucho, después de todo lo que se ha visto en páginas anteriores y las muchas confidencias que constan en su copiosa correspondencia privada, cuya reproducción llenaría muchas páginas. “*A propósito*”, escribe desde Lima a Santander el 20 de diciembre, “*yo estoy resuelto a dejar este gobierno y el de Colombia. Dentro de dos meses estará instalado el congreso del Perú y tomada la plaza del Callao. Entonces nada me detendrá aquí, y en Colombia sólo me detendrá un negocio particular, y es la adquisición de cien mil pesos para irme del país. Yo no he recibido nada de la ley de recompensa, yo vendería esta ley al gobierno por cien mil pesos en Londres por lo pasado y lo futuro. Si usted hiciese este milagro sería un gran santo. Voy a mandar con el parte de Sucre mi nueva renuncia y a pedir como la recompensa de mis servicios en el Perú la aceptación de esta renuncia. Usted tiene bastante influencia en el senado y le ruego con*

encarecimiento, que inste a esos señores para que no me obliguen con sus negativas a desertarme. Esta súplica la hago por mi honor y por el bien de Colombia, pues mi honor pertenece también a Colombia.

“¡Por Dios, mi querido general, empéñese usted en este negocio como si fuese propio. Todo el mundo sabe que ya Colombia no necesita de mí. Ningún daño le haré enirme, y mejor que me vaya con permiso que sin él.

“Todo el mundo me está quemando con que soy ambicioso; que me quiero coronar; lo dicen los franceses; lo dicen en Chile, en Buenos Aires; lo dicen aquí, sin mencionar el anónimo de Caracas. Conirme respondo a todo. No quiero más glorias; no quiero más poder; no quiero más fortuna, y sí quiero mucho mi reposo. No se me podrá tachar de egoísta, pues bastante he servido durante la revolución. Me queda un tercio de vida y quiero vivir.

“Como el congreso me ha quitado toda autoridad colombiana, creo que debería usted autorizar a Sucre y a Castillo para que den dirección a las tropas de Colombia que están en el Perú”.

No siguió Bolívar en la resuelta expedición al Alto Perú sin antes afianzar más con otras medidas de paz los beneficios cívicos conseguidos por medio de la guerra. Ya hemos visto cómo, ni en medio del ruido de las armas, no descansaba su actividad de estadista para que la república se fundamentase sobre las bases de la justicia, el derecho y la educación general. Y lo que había realizado en otros departamentos antes de la victoria, sigue obrándolo ahora en Lima y seguirá creando en el triunfante recorrido que ha emprendido.

Desde los últimos días de 1823 Bolívar tuvo noticia de la llegada de su viejo maestro de primeras letras, Simón Rodríguez. Su espíritu tan delicadamente sensible a la amistad y a la gratitud quedó subyugado por la emoción del recuerdo de su niñez y de su florida juventud, y por la rememoración del juramento de Roma; y como en el caso de su pariente Fernando Toro, tradujo sus sentimientos en una romántica bellísima carta que con fecha 17 de enero de 1824 le escribió desde Pativilca: “. . . Usted, maestro mío, ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá Ud. seguido mis pasos dirigidos muy anticipadamente por Ud. mismo! Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Ud. me señaló. Ud. fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de

Europa. No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado. No he podido jamás borrar una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado: siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, Ud. ha visto mi conducta: Ud. ha visto mis pensamientos escritos: mi alma pintada en el papel; y no habrá dejado de decirse: 'itodo esto es mío! Yo sembré esta planta; yo la regué; yo la enderecé cuando tierna; ahora robusta, fuerte y fructífera, he ahí sus frutos; ellos son míos; yo voy a saborearlos en el jardín que planté; yo voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible . . . privativo a todo'". Y la exaltación que tradujo en toda la carta termina autorizándolo para que la presente a Santander y le pida en su nombre, o lo que es lo mismo, a su cargo, dinero con que emprender viaje para venir a encontrarlo en el Perú, como lo hizo. Su propósito era ponerlo a cargo del ramo de educación en el Perú y alto Perú. El filósofo fue pues agregado a la comitiva formada por su estado mayor, e instalado el consejo de gobierno que sujeto a sus instrucciones haría sus veces durante su ausencia, salió vía de Arequipa el 10 de abril.

Iba Bolívar a los departamentos del sur, como dijo en una proclama de despedida a los limeños, "a mejorar la suerte de sus hermanos recientemente incorporados a la república".

El viajero de hoy no podría soportar ese viaje largo y monótono por la costa peruana casi desierta, bajo un calor canicular sólo mitigado a largos trechos por algunos valles fértiles sí, regados de corrientes de agua desprendidas de los Andes. Caseríos o pueblos miserables unen las huellas del viajero. Pocas son las ciudades que constituyen como hitos compensadores de las largas fatigas experimentadas antes de llegar a ellas. Este camino fue el adoptado en vía a Arequipa.

Como por encanto cobró vida el árido trayecto de arenales que recorrían los viajeros. Parece cuento de hadas cómo surgían a su paso los naturales deseosos de rendir homenaje al héroe; y esos caminos que en otro tiempo fueron bajo los incas signo de comercio intenso, ejemplo de esplendoroso bullir de vida, asiento de ciudades cuyas ruinas delatan su alto grado de civilización bajo el sol tropical y las incomodidades diurnas y nocturnas, los tristes recuerdos del gran imperio del sol recobraban animación por un momento. Los pobres indios agradecidos a su redentor extremaban al acercarse el viajero a sus míseros poblados en cuanto sus recursos les permitían, todas las atenciones para recibirlo y resarcir a

Bolívar de las inclemencias del camino; y a porfía llegaban al Libertador los regalos que le ofrendaban. Este, en cambio, se informaba minuciosamente de sus necesidades materiales y espirituales y oficiaba al Consejo de Gobierno para remediarlas, haciendo hincapié en la creación de escuelas y en la higiene que necesitaban esas regiones en que reinaban la ignorancia y las enfermedades. Era una obra de construcción de cuanto faltaba desde el régimen colonial y reconstrucción de cuanto la guerra había arruinado; y era en realidad de urgente necesidad que volviesen el comercio, la agricultura y las industrias para que esos pueblos gozasen plenamente los privilegios de la libertad y la paz.

A Ica, una de las ciudades importantes del itinerario, llegaron los peregrinos el 17 de abril (1825).

En nuestra tarea de poner de relieve hasta donde es posible las muchas facetas del alma del Libertador, aprovecharemos el alto hecho en esta población para exhibir una de su vida íntima que merece ser conocida porque arroja luz para desvanecer consejas absurdas.

Aunque en el curso de esta historia nos hemos referido alguna vez a la sensibilidad afectuosa de Bolívar no hemos tocado aún temas de su vida afectiva y galante, en que tanto se ha fantaseado. A oír a muchos escritores y cronistas de tradiciones, la vida de Bolívar no era más que una sucesión no interrumpida de conquistas amorosas. No queremos ni debemos figurarnos al grande hombre como asceta angelicalmente puro ni siquiera como paradigma de continencia sexual. Fuera de otras obvias consideraciones debe tenerse presente que ésta es una virtud en extremo escasa en la vida de un soldado. Godofredo de Bouillon y San Luis, rey de Francia, son fenómenos casi únicos en la vida. Pero a quien conozca la trayectoria de Bolívar le bastará preguntarse si será posible semejante vida de disipación en un hombre que a diario debía combatir activamente como en las campañas del Magdalena y Cúcuta, en la llamada con justicia Campaña Admirable, en las ponderosas luchas de Caracas, del Orinoco, de Nueva Granada, etcétera; y no sólo la lucha armada requiere en el jefe una atención divergente de los devaneos de la naturaleza animal, sino que éstos son diametralmente opuestos a la disposición del espíritu para el desarrollo de los grandes proyectos que en el campo civil reclaman la absorbente dedicación de la mente, como es el caso de Bolívar y sus fecundos proyectos para la estabilización de su obra.

La política es una deidad malévolas. A falta de argumentos con que justificar los dictados de tirano y déspota ha echado a rodar

las especies más extravagantes en este aspecto de la vida del Libertador sobre todo en Lima, relacionándolo con multitud de damas, principalmente de la primera sociedad. Del libro Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar, tomo tercero, obra póstuma de Lecuna, tomamos lo siguiente: *“El señor Jorge Corbacho, artista y anticuario peruano, impuesto de la historia de la sociedad limeña de la época hasta en sus menores detalles, nos ha dicho que no encontró en Lima ninguna referencia sobre los supuestos amores de Bolívar con damas de la aristocracia limeña. Esta opinión es muy respetable por los conocimientos y sagacidad de investigador sin tendencias particulares sobre este asunto y guiado únicamente por el amor a la verdad. Un historiador peruano especialista en tradiciones sociales, el Sr. Luis Alayza Paz Soldán, escribe a este respecto lo siguiente:*

“En Lima el Libertador no tuvo amores. Estaba cerca la absorbente Manuelita; además los años habían consumido el leño de esa hoguera, que probablemente ya sólo la chispa endemoniada de Manuelita sabía encender por momentos, con el oxígeno de sus filtros brujos’. Mucho han hablado los chismosos de la historia—los únicos chismosos tolerables—pero desgraciadamente nada concreto, nada con nombres. Desgraciadamente digo porque las travesurillas de las limeñas habrían motivado esas acres censuras de los tartufos, que creen que hay cartabones para la fantasía de una mujer, o que tiene límite la admiración que inspira un hombre tan nunca visto como Bolívar; pero habríamos valido un volumen más de tradiciones de Ricardo Palma, y es comparación bastante”.

Después de todo las acciones que de un modo u otro se rozan con los grandes hombres, no deben tener cabida en la historia sino cuando ellas tienen influencia en el desarrollo de su misión. Y este es el caso de Manuela Sáenz de Thorne o Manuelita Sáenz. Basta recordar su actitud valerosa en la noche del 25 de septiembre de 1828, cuando impidió el asesinato del Libertador en el palacio de San Carlos y ahorró a Colombia la vergüenza del horrendo parricidio. Ya nos referiremos al triste episodio a su debido tiempo.

Muy bella, según la fama, era doña Manuelita una interesante quiteña. Ya desde el protectorado del Perú había prestado importantes servicios a la causa de la libertad, mercediendo de San Martín el ser condecorada con la Orden del Sol. A sus gestiones se debió muy principalmente que ingresara en las filas patriotas, dejando el servicio realista, el batallón Numancia formado de soldados de Venezuela, es decir, colombianos, de guarnición en el Callao, apellidado después Voltígeros por Bolívar. Estaba en Quito a la

entrada del Libertador el día 15 de junio de 1822 después de las campañas de Bomboná y Pichincha; quedó fascinada por su gloria y comenzó entonces la atracción mutua que formó un nudo tan estrecho que no lo deshizo sino la catástrofe de Santa Marta. Manuelita abandonó a su marido, el Dr. Thorne, y corrió definitivamente tras las huellas de la gloria del héroe.

Innumerables consejas se han forjado en torno de esta pasión, absurdas a todas luces muchas de ellas. Se ha pretendido que acompañó a su amante en Junín y que pelcó en Ayacucho al lado de Sucre, lo que es falso.

Pero no estamos empeñados en escribir su historia sino en revelar los sentimientos de su amante. Parece ser que el Dr. Thorne hizo representaciones ante él para que, deshechos los lazos adúlteros que lo estrechaban con la dama se la devolviese a su hogar; y uno de los pasos para cumplir con este justísimo reclamo del marido se advierte en esta apasionada carta escrita a Manuelita desde Ica el 20 de abril:

“Mi bella y buena Manuela:

“Cada momento estoy pensando en ti y en el destino que te ha tocado. Yo veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien y gimo de tan horrible situación por ti; porque te debes reconciliar con quien no amabas; y yo porque debo separarme de quien idolatro! ! Sí, te idolatro hoy más que nunca jamás. Al arrancarme de tu amor y de tu posesión se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón divino, de ese corazón sin modelo.

“Cuando tú eras mía yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos, pero ahora ya me parece que una eternidad nos separa porque mi propia determinación me ha puesto en el tormento de arrancarme de tu amor, y tu corazón justo nos separa de nosotros mismos, puesto que nos arrancamos el alma que nos daba existencia dándonos el placer de vivir. En lo futuro tú estarás sola aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que ya no somos más culpables! ! — No, no lo seremos más”.

Cómo se desarrolló el incidente no lo sabemos ni interesa saberlo. Transcribiremos sí parte de otra carta que le escribió desde La Plata el 26 de noviembre:

“ . . . Deseo verte libre pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso, y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya con tu deber y el mío: no sé coriar este nudo que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espadas ni de fuerza, sino de amor puro y amor culpable: de deberes y de falta; de mi amor, en fin, con Manuelita la bella”.

El análisis de estos bellos trozos llevaría demasiado lejos de nuestro propósito; pero son tan transparentes en ellos las ideas y los sentimientos, que no lo han menester. Quienquiera que los lea, no obstante, captará la grandeza y nobleza de sentimientos de un hombre pecador ciertamente, mas con la conciencia de la falta y el anhelo de una regeneración moral para sí mismo y su cómplice; y podrá también preguntarse si quien en su situación de hombre el más admirado del mundo y más poderoso de América, consciente de su responsabilidad moral abriga y emite tales ideas y sentimientos de “yo pecador” teñidas de la humildad más fundamental, puede ser tachado de incorregible y disoluto. Y hasta aquí esta fasceta de su alma.

Como en los demás sitios que trillaba, la gloria de los festejos oficiales y populares que se le brindaban a porfía no adormeció su capacidad de trabajo, que se mostró con la mayor intensidad. Todos los ramos de la administración fueron objeto de su solicitud, tanto respecto de la calidad intelectual y condiciones morales de los encargados de ella, como en la economía que promovió para alivio de las rentas públicas sin desmejorar por ella los servicios. Para el fomento de las escuelas que iba fundando, creó recursos, y extendió su previsión hasta el estudio por ingenieros para fundar un puerto que sustituyese al de Quilca que no presentaba las condiciones adecuadas para el desarrollo y prosperidad del comercio.

El camino de Bolívar se había separado ya de los desiertos arenosos de la costa peruana, y a la pobreza del paisaje habían sucedido regiones bien regadas y fértiles de Los Andes, que marcaban la ruta hacia El Cuzco.

Superiores aun a las demostraciones manifestadas hasta aquí por los naturales fueron las que en lo sucesivo se le dispensaron. Los arcos de triunfo no esquivaban la aspereza y soledad de los caminos. Los obsequios revelaban la abundancia de esas regiones que habían constituido siglos antes el centro del poderoso imperio de los incas. Al pasar por la aldea de Pucará el doctor José

Domingo Choquehuanca, juriconsulto y economista notable de Azángaro, de raza india, le dirigió la arenga que se ha hecho célebre, que parece voz cósmica salida de la entraña de la tierra largo tiempo dominada por el régimen colonial, ya libre y soberana:

“Quiso Dios formar de salvajes un imperio y creó a Manco Cápac.

“Pecó su raza y lanzó a Pizarro.

“Después de siglos de expiaciones ha tenido piedad de la América y os ha creado a vos.

“Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros será preciso que haya un mundo por libertar.

“Habéis fundado tres repúblicas que en el inmenso desarrollo a que están llamadas elevarán vuestra estatura a donde ninguno ha llegado.

“¡Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina!”

Estaba ya en las vertientes del Tabor simbolizado en la eminen-
cencia del Potosí, el cerro de plata.

Había decretado que en los oficios de la misa se omitiesen las acostumbradas oraciones por el monarca español y su familia, y se hiciesen en su lugar por el gobierno y pueblo peruanos. Pero los curas, no contentos con ello, cantaban en su lugar a coro con el pueblo:

*“De ti viene todo
Lo bueno, Señor,
Nos diste a Bolívar
¡Gloria a ti gran Dios!*

*“Lo futuro anuncia
Con tal precisión
Que parece el tiempo
Sujeto a su voz.*

*“¿Qué hombre es este, cielos,
que con tal primor
De tan altos dones
Tu mano adornó?*

*“De ti viene todo
Lo bueno, Señor:
Nos diste a Bolívar,
¡Gloria a ti gran Dios!”*

Se adelanta a Oropesa, aldea cercana del Cuzco. Halla que las autoridades de esta ciudad se han adelantado allí para acompañarlo, y le obligan a recibir y montar el regalo de un caballo ricamente adornado con arnés enchapado en oro. El esplendor, el lujo de la entrada (25 de junio) en la antigua capital del imperio fueron sin

exageración deslumbrantes: alfombras tapizaban las calles, colgaduras adornaban los balcones y ventanas, las flores igualmente alfombraban el paso de su caballo, se vaciaban perfumes a medida que avanzaba, se arrojaban objetos de oro y plata, poblaban el aire palomas encintadas, una corona de oro con perlas finas y diamantes le fue ofrecida por la esposa de Gamarra, prefecto del departamento.

La magnificencia de la recepción, el precio de los obsequios, las manifestaciones de gratitud, llegaron a tal punto que no era posible encontrar nada que los aventajara. A esa altura se mostraron también los sentimientos del Libertador. Dedicó a Sucre como vencedor de Ayacucho, la rica corona de oro con perlas y diamantes; a O'Leary y Santana las llaves de oro de la ciudad; y los demás obsequios, joyas y piedras preciosas, a los jefes, oficiales y soldados.

Fundó y rentó un colegio de ciencias y artes y un colegio para señoritas; proveyó de recursos a los frailes de San Juan de Dios que sostenían y regentaban un hospital; fundó igualmente dos hospicios para huérfanos y para ancianos; ensanchó el acueducto; estableció un cementerio; instituyó premios para los que se dedicaran a domesticar las vicuñas; y para aumentar y aprovechar las grandes posibilidades que presentaba el país si se le proveía de un buen camino al mar, hizo estudiar un proyecto de carretera que uniese a Puno y Cuzco con la de Arequipa.

La pobre raza sojuzgada de los aborígenes fue también objeto de su paternal solicitud: ordenó devolverles las tierras que se les habían quitado, y suprimió los cacicazgos, las mitas y todas aquellas instituciones que los convertían en verdaderos esclavos, situación contradictoria de los fines que se habían logrado con los grandes triunfos de los ejércitos de la independencia conducidos por su espada. En el apéndice No. 2 (páginas 510 a 515), podrá ver el lector varios de los decretos con que dejó testimonio de su solicitud.

Capítulo XIX

1825

EN LA CUMBRE DEL TADOR

RESUMEN

Sucre se pone en marcha para las provincias del Sur — Los diversos destacamentos realistas se entregan sin combatir — Llega al Cuzco — Se apodera del estandarte de Pizarro y lo ofrenda al Libertador — Oportunidad de la defecación de Olañeta — Los independientes se persuaden de la falsía de Olañeta — Complejidad legal de la invasión del Alto Perú por el ejército patriota — La invasión era indispensable para la seguridad del Perú, las Provincias Unidas y Chile — Instrucciones del Libertador — Rendición de La Paz — Rendición de las columnas realistas — Olañeta abandonado de los suyos — Muerte de Olañeta en Tumusla — Problemas que surgen de la invasión de Sucre — Pretensión del Perú sobre la región — Límites de la acción de Sucre — Sucre pide instrucciones, pero al mismo tiempo anuncia que convocará una asamblea — Resuelta desaprobación de Bolívar — Fragmentos de la correspondencia de Bolívar — Conflicto de Bolívar ante los derechos de la República del Río de la Plata y su posición de gobernante del Perú — Decreto del congreso peruano — Autorización de Buenos Aires para que el Alto Perú dispusiese de sus destinos — Reunión de la asamblea en Chuquisaca — Bolívar decide aplazar su llegada al país — Declaración de la independencia de la República Bolívar — Honores a Bolívar — Sucre y el ejército unido — Bolívar llega a La Paz el 18 de agosto — Ofrendas diversas — La corona de oro — La asamblea pide al Libertador la derogación de su decreto del 17 de febrero de 1825 — Le pide una constitución — Juntas asesoras — Misión de Alvear y Díaz Vélez — Bolívar declina la invitación a tomar parte en la guerra con el Brasil — Continuación de las diatribas argentinas contra Bolívar — Ascensión al cerro del Potosí — Elación y discursos del Libertador.

DEJEMOS AL LIBERTADOR en el Cuzco mientras establecemos su enlace con los movimientos y obra del gran mariscal de Ayacucho.

La batalla de Ayacucho había quebrantado por su espina dorsal el imperio español. Quedaba por rendir el Callao, cercado por

mar y tierra a las órdenes del general Bartolomé Salom. Quedaban también irredentas las provincias del Alto Perú, donde resistía el general Pedro Antonio de Olañeta. La sola noticia de la victoria de Sucre bastó para que fallara la moral de las columnas de las provincias del Sur del Perú, que no osaron presentar resistencia al gallardo vencedor.

Los cuerpos del ejército unido comenzaron a desfilar desde Huamanga el día 12 de diciembre (1824), tres días después de su rica cosecha de laureles. Sucre montó su cabalgadura el 20 del mismo mes, terminada la reorganización de sus fuerzas y la tarea de proveer a los medios de subsistencia con la solicitud y precisión con que él sabía desarrollar sus planes y movimientos: iba a barrer de enemigos las provincias del Sur y a hacer tremolar en el Cuzco la gloriosa bandera libertadora.

Desde luego su éxito estaba poco más que asegurado en conociéndose toda la magnitud del rotundo buen suceso de Ayacucho; así fue que noticiosos de ello, los diversos destacamentos que hallaba en su camino dispuestos antes a disputárselo, iban entregándose y aumentando el número de sus tropas. Tal aconteció con el comandante Miranda y su columna de quinientos hombres. Igual suerte cupo a los mil setecientos hombres que formaban la guarnición del Cuzco, adonde llegó el 30 de diciembre; y Pío Tristán que en Arequipa se había proclamado virrey, se vio forzado igualmente a entregar sin combatir sus setecientos hombres. El general Echeverría se entregó con sus 480 unidades.

Estamos a 30 de diciembre. Sucre pone su planta en el Cuzco saludado y agasajado con alborozo por la ciudad. Ya está en sus manos el estandarte que acompañó a Pizarro en su conquista del imperio del sol, y lo dedica al Libertador como digno trofeo, como símbolo de la libertad plantada donde la sombra de esa insignia cobijaba antes tristes campos de servidumbre irradiada desde la capital del imperio incaico.

Quedaba en el Alto Perú el general Pedro Antonio de Olañeta, quien formando antes parte del ejército de La Serna, se revolvió contra él con el pretexto de que profesando aquél principios constitucionales, era, decía éste, contrario a los intereses de la monarquía. Encubría de este modo su ambición de dominio absoluto en el Altiplano. Su defección fue oportuna en la campaña de Junín, pues dio motivo a La Serna para el error de distraer con el fin de someterlo, cuatro mil a cinco mil hombres de fuerzas que hubieran quizás pesado gravemente en la brillante jornada. Ciertamente es que

derrotado y todo Olañeta por Jerónimo Valdés en La Lava, quedó por efecto de la urgente llamada de La Serna a las tropas vencedoras, dueño absoluto del territorio del Alto Perú.

Carácter traicionero, Olañeta hizo engañar a los independientes, y logró hacerlo, persuadiendo al Libertador de que quería unirse con él; pero el engaño no pudo durar mucho tiempo: los independientes se persuadieron de su doblez y falsía.

Mientras estuviese pues Olañeta en pie había una hoguera de donde el fuego podía prender en La Argentina, Perú y Chile: era indispensable apagarlo. ¿Cómo era ello posible si para lograrlo necesitaba Sucre invadir un país que no pertenecía al Perú? Las instrucciones dadas por el Libertador sobre ese delicado punto se reducían a ocuparlo militarmente y ponerlo bajo la protección del ejército hasta que llegase el momento en que pudiese disponer legalmente de sus destinos.

Hasta aquí la invasión del ejército patriota se justificaba plenamente: Olañeta era un peligro para la independencia conquistada por el ejército libertador y la estabilidad de Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata.

La victoria de Ayacucho alarmó a Olañeta. ¡Se me va de las manos mi imperio! ¡Que el Barbarucho, el general Valdés, corra a ocupar a Puno para cortar el camino al ejército peruano! Y el Barbarucho se movió para cumplir la orden de Olañeta; pero en cuanto tuvo noticias del movimiento del ejército patriota, retrocedió a Satal, donde se hallaba todavía su jefe bajo siniestros auspicios. El coronel Sánchez y otros jefes se pronunciaron en Cochabamba el 14 de enero (1825); el general José Manuel Lanza, veterano que había permanecido sobre las armas aun después de batida la revolución de 1809, memorable por el sacrificio de Murillo y el torrente de sangre vertida, había ocupado a La Paz el primero de febrero; la guarnición de Valle Grande desconoció al general Aguilera el doce de febrero; y el coronel Francisco López se pasó a los republicanos con su escuadrón de dragones el 22 del mismo mes.

También los dragones de Santa Cruz se colocaron bajo las banderas de la independencia. Y adelantándonos más a los sucesos diremos que Olañeta no se daba por vencido a pesar de verse casi abandonado. Le quedaban sólo Valdés, el Barbarucho y el coronel Medina Celi, éste con un batallón de cazadores.

Sucre mientras tanto, que había llegado a La Paz el 7 de febrero, se ocupó en reunir todas las fuerzas patriotas dispersas; en marcha hacía el Potosí, eludió el camino en que el realista pensaba

interceptarlo; al advertirlo abandonó el propósito y quiso someter a Medina Celi que se había sublevado con su batallón. En el combate que se trabó en Tumusla, el primero de abril de 1825, quedó muerto el fiel realista, con lo que el Alto Perú se encontró libre absolutamente de enemigos armados.

Nos hemos adelantado casi dos meses a la fecha en que el gran mariscal puso pies en La Paz.

El asunto de la invasión del Alto Perú por el ejército aliado era delicado. El Perú, a quien había pertenecido hasta 1778, tenía pretensiones sobre las provincias altas exactamente como el caso de Guayaquil; por providencias del rey de España era dependencia incontrovertible del virreinato del Río de la Plata. Según el derecho público americano la propiedad era, pues, de esta última, que no había autorizado la entrada del ejército extranjero en sus dominios, y no tocaba a Bolívar, menos a Sucre decidir, en las encontradas pretensiones de dominio de las dos naciones: Bolívar no era más que un extranjero sin mando civil en el Alto Perú, a quien las circunstancias habían puesto en las manos el bastón dictatorial del Perú; Sucre era sólo comandante en jefe del ejército; Bolívar a mayor abundamiento, veía ante sus ojos una pretensión ni más ni menos igual a la que él había afrontado y zanjado en Guayaquil; pero la situación de él era en aquella ocasión muy distinta de la actual, puesto que se hallaba investido de la presidencia de Colombia.

En guarda de la independencia del Perú y de la de sus vecinos el Libertador autorizó la invasión por el ejército de Sucre, mas absteniéndose de ejercer actos de dominio, pues su misión debía limitarse a apagar los focos de realistas y poner el país bajo su protección. Traspuso Sucre en consecuencia sus fronteras y ocupó a La Paz previamente conquistada por José Miguel Lanza.

Mas la opinión altoperuana oprimía a Sucre, decidida a formar una entidad independiente y soberana absolutamente adversa a pertenecer a Las Provincias Unidas, "a quienes odiaba más que a los españoles", ni a entidad alguna extraña a su suelo.

Ya desde Puno, el 2 de febrero, el gran mariscal, preocupado con el problema, había escrito al ministro de guerra una nota en que por medio de él pedía instrucciones al Libertador; al pasar en el Desaguadero, que será dentro de diez días, me hallaré "en el caso de organizar el país como libertado por los independientes, y dejar a los pueblos su soberanía mientras haya un arreglo definitivo entre los congresos del Perú y del antiguo virreinato de Buenos Aires, ambos uniforme, legal y libremente convocados y reunidos".

Pero ahí mismo anunciaba que iba a convocar una asamblea para que deliberase sobre la suerte del país; y ruega al ministro de guerra que recabe del Libertador órdenes sobre esas provincias, en su calidad de presidente de Colombia y como supremo jefe del ejército colombiano en el Perú.

Sucre cortó el nudo gordiano (9 de febrero), no obstante participar de los mismos escrúpulos de su jefe, de muy buena fe, convocando a una asamblea general de Las Provincias del Alto Perú que debía reunirse el 29 de abril, "y ella deliberará sobre los destinos de las provincias y sobre su régimen provisorio de gobierno; y mientras se llega a una resolución final, legítima y uniforme, quedarán dependientes de la primera autoridad del ejército libertador". Le parecía que de ese modo resolvía el tremendo problema político que se le presentaba.

Comunicado el negocio al Libertador, el gran mariscal hubo de soportar la más severa improbación fulminada en términos a veces más que fuertes para la extrema delicadeza de un subalterno; aunque en ningún momento dejó de revelarle el gran cariño y aprecio que jamás desmintió, porque por otra parte era tan grande en Bolívar el celo por la transparente sinceridad de sus actos y su temor de que se atribuyesen a bastardas ambiciones, que temblaba ante incidentes y situaciones como la que se proponía crear su subalterno: "Soy tan esclavo de la ley como el soldado de su disciplina o el presidiario de su cómitre".

Así pues, no bien tuvo Bolívar noticias por la carta de Sucre del 1º de febrero de que iba a dictar su decreto aludido, se alarmó y diremos, montó en cólera y lo reprochó vehementemente: no hay duda de que Sucre hace un mal enfoque de varios puntos del problema. Dejemos hablar al Libertador: *"Ni usted ni yo podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinos, capitánías generales o presidencias como la de Chile. El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires, dependencia inmediata como la de Quito de Santa Fe. . . . Según dice usted piensa convocar una asamblea de dichas provincias. Desde luego la convocación misma es un acto de soberanía. Además, llamando usted estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma que no puede ver ni con indiferencia siquiera que usted rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito, por antiguos límites del antiguo virreinato. Por supuesto, Buenos Aires tendrá mucha*

justicia, y al Perú no le puede ser agradable que con sus tropas se haga una operación política sin consultarle siquiera”.

Y continúa la agria reprimenda: *“Usted tiene una moderación muy rara. No quiere ejercer la autoridad de general cual le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus tropas ocupan y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa. Yo sentiría mucho que la comparación fuese odiosa; pero se parece a la de San Martín en el Perú. Le parecía muy fuerte la autoridad de general libertador, y por lo mismo se metió a dar un estatuto provisorio, para lo cual no tenía autoridad.*

“Le diré a usted con franqueza, con franqueza que usted debe perdonarme, que usted tiene la manía de la delicadeza, y que esta manía ha de perjudicar a usted como en el Callao. Entonces quedaron todos disgustados con usted por delicado, y ahora va a suceder lo mismo”.

Mas como conocía la susceptibilidad de Sucre le agrega a continuación: *“Usted créame, general, jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de usted hecha por mí, en que cumpliendo con mi conciencia le doy a Ud. lo que merece. Esto lo digo para que usted vea que soy justo: desapruebo lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime”.*

A esta fecha (21 de febrero), ya la convocación de la asamblea general estaba hecha para el 29 de abril. Aún no se sabía del Libertador; pero la censura debía de sentirla Sucre doblemente amarga, pues ella se dirigía al simple anuncio de la providencia. Sucre, como es natural, contestó el 4 de abril mostrando su sentimiento por el error y tratando de disculparse. Es importante conocer la respuesta de Bolívar desde Nazca (26 de abril): *“Ayer recibí con un oficial de Pichincha las dos cartas de usted del Potosí a 4 de abril. Veo por ellas con mucho dolor el sentimiento que ha causado a usted mi carta del 21 de febrero. Yo me imaginé siempre que la delicadeza de usted se ofendería por mi desaprobación a la convocatoria de los pueblos del Alto Perú. Usted sufrirá constantemente mientras que sea movida su sensibilidad por esas cuerdas delgadas de una delicadeza suprema.*

“Ni usted ni yo podemos evitar un mal que es inherente a su naturaleza propia; pero sí podemos obviar de un modo que evitemos los desagradados que son consiguientes a los negocios públicos. Usted me pregunta por qué no le di a usted instrucciones y por qué no le escribí aquella carta del 21 de febrero antes, como usted

lo pedía repetidas veces. Responderé: que yo mismo no sabía lo que debía decir a usted, porque dependían mis instrucciones de la voluntad del congreso.

“Rousseau aconseja que cuando se ignore lo que se debe hacer la prudencia dicta la inacción para no alejarse uno del objeto a que se dirige, porque puede uno adoptar mil caminos inciertos, en lugar del único que es recto. Así he obrado yo y me parece que así debió usted obrar. Lo que usted me dice sobre la rectitud de sus principios y de sus sentimientos es enteramente inútil. Yo sé muy bien que usted no tiene ambición, y usted me injuria en disculparse respecto a una pasión que jamás he pensado atribuirle.

“Convenga usted conmigo, aunque le duela el amor propio, que la moderación de usted le ha dictado un paso que jamás pudo ser bastante lento. Lo que a mí me hace dudar, y por lo mismo no resolver, lo juzgó usted muy sencillo y lo hizo sin necesidad; digo sin necesidad: primero, porque el país no se había libertado; segundo, porque un militar no tiene virtualmente que meterse sino en el ministerio de sus armas; y tercero, porque no tenía órdenes para ello.

“Usted me perdonará todas estas mortificaciones nuevas que le doy ahora; mas usted debe persuadirse que más sufro en dárselas que en ahorrárselas; y que si yo sufro esta pena es porque usted la padece; a la vez, es con la mira laudable de desengañar a usted de que tiene razón, porque un mal que no se conoce no se puede jamás curar. Si usted pierde la ocasión de conocerse a si mismo, ahora que la fortuna no le ha envenenado el ánimo todavía con sus embriagueces halagadoras no aprovechará usted nunca la caudalosa fuente de talentos y virtudes que ha colocado en usted la naturaleza.

“Usted está llamado a los más altos destinos; y preveo que es usted el rival de mi gloria. Habiéndome ya quitado dos magníficas campañas, excediéndome en amabilidad y en actividad como en celo por la causa común.

“Cuando el espíritu de usted esté cultivado por la experiencia y por la teoría, no dudo que sobresaldrá usted con mucho a cuanto conocemos de más ilustre entre los americanos. Por todas estas consideraciones debe usted apreciar el mérito de mi sinceridad con respecto a usted, puesto que ando buscando la perfección de aquellas nubes que deben oscurecer el poco resplandor de mi gloria. Dicho esto pasaré a otra cosa; y es a la carta segunda.

“Usted supone que a mí me parecerá bien la convocatoria de la asamblea cuando llegue al Alto Perú. Tiene usted razón en supo-

nerlo; y diré más: que me gusta; y añadiré todavía más: que a mí me conviene sobremanera; porque me presenta un vasto campo para obrar con una política recta y con una noble liberalidad; pero lo dicho, dicho y con la añadidura de que no siempre lo justo es lo conveniente ni lo útil lo justo.

“Yo no debo obrar para mí ni por mí. Mi posición pública es la conciencia de mis operaciones públicas. Por lo mismo, no sé todavía lo que me tocará hacer con ese Alto Perú, porque la voluntad legal del pueblo es mi soberana y mi ley. Cuando los cuerpos legales decidan de la suerte del Alto Perú, entonces yo sabré cuál es mi deber, y cuál la marcha que yo seguiré.

“Usted me dice que si quiero entregar este país a Buenos Aires pida un ejército grande para que lo reciba. Esta observación me ha hecho pensar mucho, sin hacerme cambiar de dictamen. También añade Ud. que las fracciones del Río de la Plata son soberanas y que la mitad del Río de la Plata reside en las provincias altas: que por lo tanto un millón de habitantes bien podían constituirse en gobierno provisorio para evitar la anarquía. Todo esto es exacto y justo: pero la ley del congreso no ha mandado esto. Así es que no sé cómo hacer para combinar la asamblea del Alto Perú con la determinación del congreso.

“Cualquiera que sea mi determinación, no será, sin embargo, capaz de violar la libertad del Alto Perú, los derechos del Río de la Plata, ni mi sumisión al poder legislativo de este país. Usted sabe perfectamente que mi profesión ha sido siempre el culto popular y mi veneración a las leyes y a los derechos.

“Yo no mandaré a buscar un ejército a Buenos Aires; tampoco dejaré independiente por ahora al Alto Perú, y menos aún someteré ese país a ninguna de las dos repúblicas pretendientes.

“Mi designio es hablar con verdad y política a todo el mundo, convidándolos a un congreso de tres pueblos, con apelación al gran Congreso americano.

“Entonces se verá que yo he respetado a todos y no me he inclinado a nadie; mientras tanto el ejército unido ocupará el país militarmente y estará sujeto al general en jefe que yo nombre. Este general en jefe es usted, debe ser usted y no puede ser otro que usted.

“Yo le ruego a usted que no se venga. Espéreme para resolver todo conforme” Aquí se interrumpe el borrador de donde transcribe Lecuna el documento.

En vez de resumir estos documentos hemos querido transcribirlos en la misma redacción del Libertador. Sus precisas palabras hacen más diáfanos sus pensamientos y muestran mejor la sinceridad de sus principios y sentimientos, rebatiendo tantas torpes acusaciones de autoritarismo, soberbia, ambición y connatos de coronarse, hecho este que nadie habría podido impedirle si lo hubiera deseado.

Delicada era la situación de Bolívar. Estaba íntimamente convencido de que las pretensiones de los peruanos sobre el Alto Perú eran completamente arbitrarias, sin fundamento, exactamente como las que abrigaban sobre Guayaquil, y que el derecho estaba sin lugar a dudas de parte de las Provincias Unidas; él era el mandatario supremo del Perú, y seguir sus deseos habría constituido un error semejante al de San Martín con aquella provincia colombiana; al asumir el mando del Alto Perú como dictador con pretexto de ser el jefe supremo del ejército unido y libertador de la región, habría sido erigir en legítimo el derecho de la fuerza, de cuya repugnancia daba tantas pruebas diariamente. ¿Qué hacer? Pidió instrucciones al congreso, quien se expidió el 17 de febrero con un decreto; el ejército debía marchar contra el enemigo hasta destruir el último peligro contra la libertad del Perú, y establecer en las provincias libertadas el gobierno que pidiesen las circunstancias, bajo la responsabilidad de dicha república; "si verificada la demarcación según el artículo constitucional, resultaren las provincias altas separadas de esta república, el gobierno a quien pertenecieren indemnizará al Perú los costos causados en emanciparlas".

Era ya un ligero alivio del conflicto espiritual de Bolívar, que presentó un nuevo cariz con las comunicaciones del general Juan Antonio Alvarez de Arenales: hacía saber éste, gobernador de la provincia de Salta, que su gobierno lo comisionaba para hacer saber que dejaba en libertad al Alto Perú para disponer de sus destinos. Podemos ahora decir que Sucre con este inesperado giro del asunto salió triunfante en su discusión con Bolívar, quien cedió ya en la posibilidad de aprobar la convocación de la asamblea hecha por aquél con otra providencia, el 16 de mayo; pero las medidas tomadas en la convocada asamblea no podían tener sanción sino después de reunirse el nuevo congreso peruano. En el interin las provincias alto peruanas quedarían sujetas al gobierno de Lima. No podía ir más allá el jefe del gobierno, por más que comprendiese no haber correspondido íntegramente a los anhelos del país, y que su providencia podía disgustar a las provincias altas, que según es notorio buscaban absoluta autonomía.

Para juzgar de la ponderosa carga de Bolívar no se olvide que toda esta tarea de organización y todas estas preocupaciones por el presente y el futuro tenían lugar mientras se efectuaba su viaje por las provincias meridionales del Perú. Era una jornada en que el gozo de ver su conducta aprobada y su obra recompensada tan espontáneamente por las gentes se hallaba a cada paso disminuido por las fatigas de la tarea que pesaba sobre sus hombros, y el enojoso problema de las provincias alto peruanas. Preveía las acusaciones de influencia en las labores y decisiones de la convocada asamblea, y resolvió no pisar el suelo de ellas antes de que estuviese constituida y pronunciado libremente el veredicto de la constitución y dependencia o independencia, y ordenó que las fuerzas armadas con sus unidades constitutivas debían retirarse no menos de 100 kilómetros del lugar donde se reuniese la magna corporación. Quería refutar de este modo el posible cargo de haberse ejercido influencia en sus deliberaciones.

Todo se hizo de conformidad, y en Chuquisaca, el 10 de julio, vestida de gran lujo la ciudad, con adornos en los balcones, flores y arcos triunfales en las calles, se inició la asamblea con 39 diputados elegidos de entre lo más distinguido del país.

Sucre presentó un mensaje sobre sus labores y el 6 de agosto, día auspicioso en la gesta libertadora, la asamblea deliberante protestó que esa representación soberana, *“profundamente penetrada del grandor e inmenso peso de su responsabilidad para con el cielo y la tierra, en el acto de pronunciar la futura suerte de sus comitentes, despojándose en aras de la justicia de todo espíritu de parcialidad e interés y miras privadas; habiendo implorado llena de sumisión y respetuoso ardor la paternal asistencia del Hacerdor santo del orbe y tranquila en lo íntimo de su conciencia por la buena fe, detención, justicia, moderación y profundas meditaciones que presiden a la presente resolución, declara solemnemente a nombre y absoluto poder de sus dignos representados que . . . en consecuencia, y siendo al mismo tiempo interesante a su dicha no asociarse a ninguna de las repúblicas, se erige en estado soberano o independiente de todas las naciones, tanto del viejo como del nuevo mundo, y los departamentos del Alto Perú, firmes y unánimes en esta tan justa y magnánima resolución protestan a la faz de la tierra entera que su voluntad irrevocable es gobernarse por sí mismos y ser regidos por la constitución, leyes y autoridades que ellos propios diesen y creyesen más conducentes a su futura felicidad en cluse de nación, y el sostén inalterable de su santa religión católica y de los sacrosantos derechos de honor, vida, libertad, igualdad, propiedad y seguridad. Y para la invariabilidad y firmeza de esta*

resolución se ligan, vinculan y comprometen por medio de esta representación soberana, etcéteras”.

Y el 11 del mismo mes de agosto, después de haber deliberado maduramente, los ilustres componentes de la asamblea para encontrar un nombre adecuado para la nueva república, unánimemente decidieron asignarle el de República Bolívar, convertido más tarde en Bolivia, siguiendo, acaso, sin pensar en ello, un procedimiento de desgaste genial en nuestra lengua.

No paró el monumento de gratitud en este insigne documento: en razón de la confianza ilimitada de la república en el Libertador de Colombia y del Perú, expresa, le reconoce como su mejor apoyo y buen padre contra los peligros del desorden, tiranía, invasiones injustas y ataque cualquiera al carácter de la nación; todo el tiempo que Bolívar resida en la república tendrá el supremo poder ejecutivo de ella, y en todas partes, dentro y fuera de ella, los honores de protector y presidente; el 6 de agosto, aniversario de Junín, será consagrado día de fiesta nacional; el día del nacimiento del Libertador será después de su muerte consagrado fiesta cívica; en cada capital de departamento se erigirá una estatua ecuestre de Bolívar sobre una columna. El artículo octavo reza textualmente: “El gran mariscal de Ayacucho como encargado inmediato del mando de los departamentos de la República, mandará forjar y presentará a su excelencia el Libertador una medalla de oro tachonada de brillantes, del diámetro que juzgue más adecuado, para que en el anverso de ella figure el cerro del Potosí y el Libertador colocado al término de una escala formada de fusiles, espadas, cañones y banderas, en actitud de fijar sobre la cima de dicho cerro, la gorra de la libertad, y en el reverso, entre una guirnalda de oliva y laurel la siguiente inscripción: ‘La República Bolívar agradecida al héroe cuyo nombre lleva’”. Y se dio a la capital de la república y su departamento el nombre de Sucre.

Por su parte el gran mariscal fue también objeto de honores muy semejantes por el mismo decreto. Se ordenó además construir una grande lámina de oro con alusión alegórica a los héroes y demás guerreros de Junín y Ayacucho, y se votó la suma de un millón de pesos para recompensar a los guerreros vencedores en esas dos grandes jornadas.

No era posible mejor testimonio de admiración, cariño y gratitud a sus libertadores, fundadores y protectores.

Mientras tanto Bolívar se ocupaba en terminar en el Cuzco la organización de la república peruana. Ya acabada y considerando

que su presencia en la nueva república no corría el peligro de que se atribuyese a conatos de intervención en sus deliberaciones, se puso en camino y pasó El Desaguadero con Sucre que había venido a recibirlo, e hizo su entrada en La Paz el 18 de agosto.

Como en Arequipa, en esta ciudad afloró el agradecimiento popular y la admiración por el héroe cuyo nombre y hazañas llenaban los ámbitos de América y Europa. Y también un caballo con jaeces de oro y las llaves de oro de la ciudad figuraban entre las preseas oficiales ofrendadas. Igualmente un concurso de damas lo obsequió con una corona de oro guarnecida de diamantes, que él, con la observación de que "esta recompensa corresponde al vencedor de Ayacucho", la traspasó al gran mariscal.

El decreto del congreso peruano proveía que las provincias del Alto Perú estarían sujetas al gobierno de Lima como centro de autoridad. Es natural que declarada la independencia absoluta de ellas por la asamblea nacional, ésta encontrase ese decreto peligroso y extemporáneo. En consecuencia, una comisión del cuerpo boliviano fue nombrada para que recabase del Libertador la derogación de la providencia. Nuevo pequeño conflicto: como gobernante del Perú él no podía dar esa medida que contrariaba además otras del congreso de esa nación. Lo único que podía hacer era prometer su influjo y empeño para que reconociera su independencia. Por satisfacción se dio la comisión, irrestrictamente confiada en su buena fe.

Ese mismo sentimiento movió a la corporación a pedirle una constitución para la república adornada con su nombre. Renuentemente, alegando desconfianza de sus conocimientos, ya que su educación se había dirigido por otros senderos que no su adoctrinamiento en materia de leyes, convino en dotar a la República Bolívar de un código que sirviese de pauta para su vida política y su prosperidad.

Pidió y obtuvo el nombramiento de una comisión que le asesorase en la organización de los diversos ramos de la administración y él mismo reunió una junta de cien personas distinguidas que le ayudasen en el conocimiento del país, sus costumbres, modalidades y necesidades, que le asistiesen en la tarea de organización que se había impuesto.

En el entretanto su feliz estrella le iba guiando insensiblemente al cumplimiento de sus destinos. El lo había prometido con pasión obsesionante. En la noche triste de Casacoima había exclamado. "trasladándome al Perú llevaré la bandera de la redención hasta la cima del Postosí". ¡Y cuando Bolívar hacía una promesa.!

El 5 de octubre pisaban la ciudad de Potosí el Libertador y su comitiva, después de descansar tres días en Oruro, si descanso puede llamarse la indispensable atención a los consabidos homenajes de admiración y gratitud de las autoridades y los pueblos.

Pasando por alto las manifestaciones y ofrendas de cariño consabidos, de una población orgullosa de ver hollado su suelo por el hombre a quien debían el encontrarse libres, apuntaremos el de la municipalidad, con la aprobación de un acuerdo para cambiar el nombre de Potosí por el de Bolívar para la ciudad. Enviándosele para su sanción lo devolvió manifestando que él no tenía autoridad para la sanción solicitada, "insinuando además", dice O'Leary, "la inconveniencia de despojar a la ciudad de su primitivo nombre, tan universalmente célebre como significativo de imponderable opulencia y de riqueza fabulosa".

El reconocimiento por la República Argentina de la nación recién creada, quedó implícitamente consagrado con el nombramiento que aquélla hizo del general Carlos María de Alvear y el doctor José Miguel Díaz Vélez con el fin de felicitar al Libertador por sus servicios a la libertad del nuevo mundo, felicitación extensiva al ejército unido "que después de haber arrojado del Alto Perú a los enemigos de la independencia, ha tomado sobre sí el empeño de ponerlas a cubierto de la anarquía".

Pero algo más importante llevaba entre manos la misión: solicitar el poderoso auxilio de Bolívar para arrojar de las Provincias Unidas la invasión del Imperio del Brasil, que se había apoderado de la provincia del Uruguay. Impotentes, casi anarquizadas las Provincias Unidas para hacer frente al usurpador, con muy buen acuerdo volvieron los ojos al hombre extraordinario y al ejército por él formado y conducido en diecisiete años de paciente brega desde las orillas del Caribe hasta los confines irredentos de América. Contaban con su amor a la gloria y le pusieron delante los nuevos lauros que iban a ceñir sus sienas; más no contaban con que ese amor no era "incontrolado", como dice un ilustre autor moderno, con que siempre estuvo sujeto y moderado por la subordinación a las leyes, por la prudencia en el cálculo de las probabilidades, por el bien de la humanidad. Ante las ovaciones, alabanzas y homenajes de los peruanos y altoperuanos había dicho el 19 de agosto a Santander: "Amigo, estas cosas lo alimentan a uno para poder llegar al término de su carrera. Aunque yo no soy ambicioso no puedo menos que ser sensible a tales demostraciones de bondad y de lisonja. Bastante me han injuriado, luego parece justo que algunos me alaben, habiendo hecho yo lo que he podido por el bien de

los hombres y de los buenos principios". Contaban las Provincias Unidas y sus embajadores con que ese amor supuestamente "incontrolado" o "insaciable" a la gloria sería incentivo para atraerlo y le presentaron la de la humillación del imperio de Pedro I, aquél que bajo la noticia de Matará, batió palmas por haberse destruído "ese infame Bolívar"; la de investirse con el manto del protectorado de la América; y para conquistar su aquiescencia a las propuestas que le hacían llegaron los embajadores al extremo de darle satisfacciones por las diatribas e injurias irrogádosele por Rivadavia y su partido, ciegos a las propuestas de la alianza continental que los tendría ahora libres de las zozobras que ocasionaba el pupilo de la Santa Alianza. No hay para qué mencionar los esfuerzos extraordinarios de la elocuencia de Alvear para reducir a Bolívar.

Pero Bolívar les opuso razones de peso para no aceptar la invitación: no podía acuerpar la empresa por falta de autorización de Colombia y del Perú, dueños de los componentes del ejército unido; no contaba con fondos suficientes para sufragar los gastos necesarios para la movilización de la marina colombiana y los ejércitos; éstos tendrían que andar por territorios muy distintos de los que él había trillado para realizar sus hazañas; aquí no había modo de proveer a la subsistencia ni de reemplazar las bajas que necesariamente habían de ocurrir, etcétera.

Como se ve el rechazo de la propuesta es incontestable signo de ausencia de ambición "incontrolada" o bastarda. No era expresión de odio ni venganza ni pasión baja alguna. Se basaba en sus deberes para con el Perú y Colombia, en el cálculo maduro y consciente de las posibilidades, en el contrapeso de ventajas e inconvenientes.

A primera vista ¿quién en el mundo podía oponérsele y resistir el empuje de sus legiones invictas? El miraba la realidad de la situación y calculaba el más probable resultado de la empresa: se contentó con ofrecer a los embajadores del país amigo su recomendación del proyecto ante los gobiernos del Perú y Colombia.

No obstante su franqueza, no obstante la justicia con que ordenó restituir a las Provincias Unidas la provincia de Tarija que desde hacía tiempo andaba separada de Salta y unídose al Alto Perú, a pesar de las ventajas comerciales otorgadas a la confederación del Plata, la prensa ministerial de esta nación continuó acusando al Libertador de ambición y miras egoístas.

Y su estrella lo empujaba. Muy poco le faltaba ya para ver sus promesas cumplidas, hechas realidad. El 26 de octubre trepaba por

las laderas del cerro de plata, el fabuloso Potosí, una brillante cabalgata formada por el Libertador y su estado mayor entre el que se contaban O'Leary, el gran mariscal de Ayacucho, el general Alvear, el Dr. Díaz Vélez y Miller, prefecto del departamento. Dos tercios del camino es todo lo que puede andarse a caballo hacia la elevada cúspide del cono que constituye la mole del cerro de plata. A esa altura fue preciso echar pie a tierra para poder completar el trayecto.

He aquí al Libertador después de la penosa jornada plantado en una cumbre excelsa de Los Andes, como quien dice, en la gloria del Tabor. Las banderas de Bolivia, Colombia, el Perú y el Plata ondean con libertad sobre el pico que en otro tiempo era guardián de elementos de opresión y servidumbre, y el Libertador vuelto hacia el norte no puede contener su emoción al mirar y medir espiritualmente ese espacio enorme que circunscriben el Caribe, el Orinoco, el Pacífico y este Tabor de gloria vaticinado desde hacía ocho años en medio del dolor que exaltó su espíritu de profecía, como término de sus brillantes hazañas, entonces y hacía siglos hollado por plantas opresoras, hoy transformado merced a su espada en campos bien preparados para rendir los frutos benéficos propios en los suelos sembrados con el árbol de la libertad. Los aletazos de la gloria elevaban su espíritu aun por sobre la altura del gigante andino; su verbo elocuente mantuvo todo el tiempo suspensos a sus compañeros, que admiraban la facilidad y belleza de los brillantes discursos que salían de su boca. Un fragmento de ellos ha recogido la historia: *“Venimos venciendo desde las costas del Atlántico y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. Las míseras reliquias de los señores de este mundo estaban destinadas a la más degradante esclavitud. ¡Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos a sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo! En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo zona es el asombro y la envidia del universo”*.

Quedaba totalmente cumplida la profecía de la noche triste de Casacoima.

Capítulo XX

1825-1826

SE INICIA EL DESCENSO HACIA LA CRUZ

R E S U M E N

La provincia altoperuana de Chiquitos y su alianza con el gobernador del estado brasileño de Matto Grosso — Sin esperar a las fuerzas de Sucre desocupan la provincia — El emperador desautoriza la invasión y pide excusas — Indignación de Sucre — Puntos de vista de Bolívar — Proyectos de Sucre ante la invasión de Chiquitos — Reacción del Libertador ante las amenazas del gran mariscal: su fundamental disposición humana — El genio de organizador civil del Libertador en intensa labor en Perú y Bolivia — Dejando a Sucre investido de sus poderes en Bolivia se ausenta rumbo a Lima — Primeros síntomas del desorden postrevolucionario — Ejecución de Berindoaga y Terón — Justificación de la demora de Bolívar en el Sur — El Congreso de Panamá: antecedentes. — Impaciencia de Bolívar por la reunión — Por qué los Estados Unidos no fueron invitados por Bolívar — Reunión de la asamblea, países y diputados concurrentes — Tratados que se suscribieron — Independencia de las deliberaciones — No todo lo actuado fue del agrado de Bolívar — Mociones intempestivas de los peruanos — Los tratados y convenios pactados — Sólo fueron ratificados por Colombia — ¿Fue Lima realmente la Capua de Bolívar? — La constitución de Bolivia — Su error de la presidencia vitalicia.

EL PROBLEMA que los diputados argentinos presentaron al Libertador no fue el único que tuvo que afrontar tocante al imperio del Brasil. La provincia de Chiquitos, del Alto Perú, estaba al tiempo del triunfo de Ayacucho gobernada por el coronel Sebastián Ramos. Cuando tuvo conocimiento del suceso, el gobernador Ramos se alió con el gobernador del estado brasileño de Matto Grosso y puso la provincia bajo la protección de S.M. el emperador del Brasil “hasta que evacuada la América española o el reino del Perú del poder revolucionario comandado por los sediciosos Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, sea reconquistado por las armas

de S.M.C.” La protección se constituyó en verdadera entrega, en cuya virtud la provincia de Chiquitos fue invadida por fuerzas brasileñas procedentes de Matto Grosso. El gran mariscal hizo marchar fuerzas mayores contra los invasores, quienes sin esperar un encuentro tuvieron el buen acuerdo de evacuar a Chiquitos.

El gobierno brasileño comprendió muy bien que las tropas de Colombia, Perú, Alto Perú y más aún aumentadas quizás con las de Buenos Aires que en esos momentos soportaba la invasión del imperio en la banda oriental, todas esas fuerzas bajo la tremenda espada del “árbitro de la paz y de la guerra”, eran más que capaces de humillar al soberano carioca y hasta borrar del mapa el flamante imperio de don Pedro Primero. A semejante ejército formado por los mejores militares y generales de América, nada podía resistirse. La Santa Alianza, protectora de don Pedro, no era más que un espantajo: Bolívar y los expertos capitanes formados por él desde el número inicial de 200 reclutas, en quince años de victorias y derrotas, endurecidos por las mayores adversidades y alimentados y estimulados por los éxitos más resplandecientes, fueron los mismos que habían nivelado con el océano y humillado en el polvo del continente la poderosa escuadra y los aguerridos guerreros de Morillo y de La Serna; y ahora he aquí una parte sola de sus veteranos, en número de 1,800 coronada con los laureles de la victoria definitiva en estos lugares avanzados de la América, como centinelas vigilantes de su integridad y libertad. Mucho fue lo que debió de cavilar don Pedro I antes de correr la aventura, y decididamente desautorizó la de Chiquitos y pidió excusas por la desatentada invasión.

Antes de que la desautorización llegase a conocimiento de Sucre, se había noticiado a las Provincias Unidas un proyecto suyo de invasión de las provincias de Matto Grosso, Cubayá, etcétera, para llevar la revolución al imperio y forzarlo a la desocupación de la Banda Oriental. Le advertía que eso era un mero proyecto suyo, para cuyo desarrollo esperaba la llegada de Bolívar al Alto Perú.

Desde qué puntos de vista, sobre qué principios miraba el Libertador un proyecto como el esbozado, queda bien esclarecido con el resumen somero de sus conversaciones con los embajadores argentinos que hemos hecho en páginas anteriores. El sagaz general Alvear cuyo plan de persuasión a todas luces se basaba en la supuesta “descontrolada” ambición de gloria del grande hombre, pronto se convenció de su error y del que tenía por base el supuesto despecho y la venganza por los insultos y calumnias de que solía alimentarse la prensa de Buenos Aires. Como hemos visto le pare-